BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

ASUNTO DE VIDA O MUERTE

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

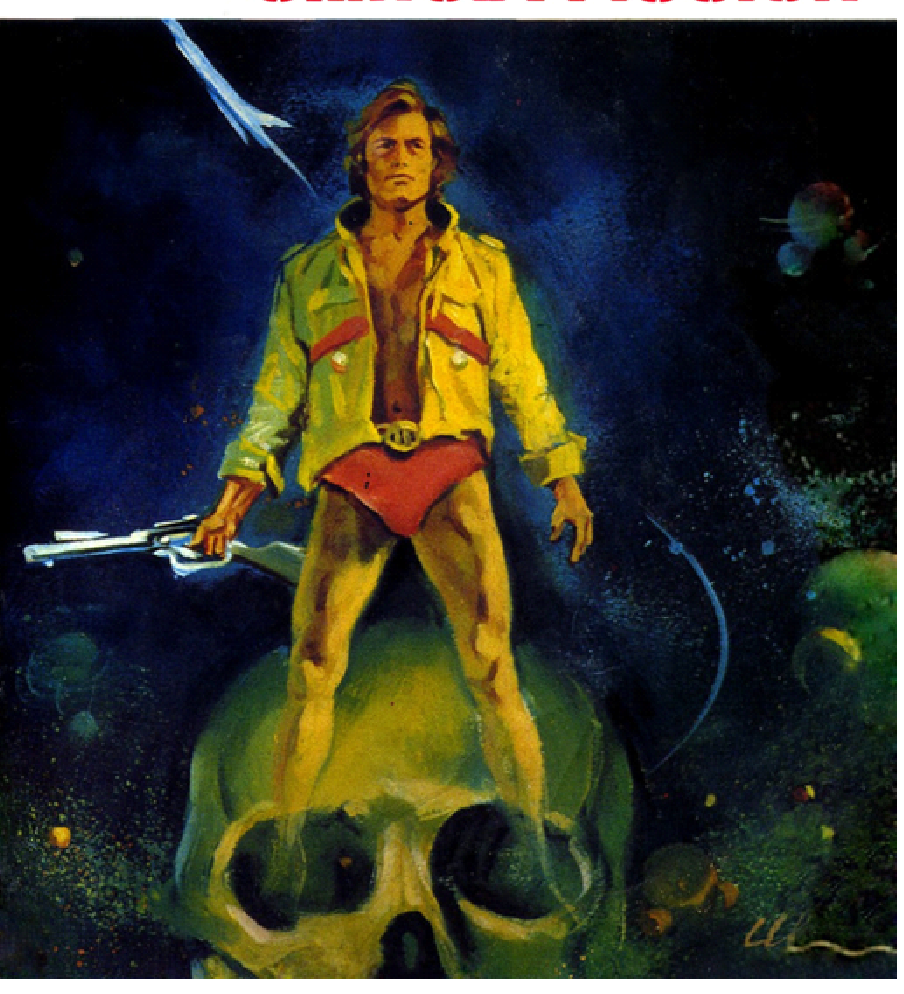


BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

ASUNTO DE VIDA O MUERTE

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





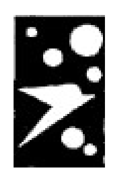
Kelltom McIntire

ASUNTO DE VIDA O MUERTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 427

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

422. — *Misión «K»* - Clark Carrados

423. — *Carta del futuro* - Curtís Garland

424. — *Una casa en Marte* - Gleen Parrish.

425. — *El coloso del espacio* - Joseph Berna

426. — Pánico entre las raptadas - Ralph Barby

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 27.408 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Habían quemado unas barritas de incienso.

El humo, dulzón y aromático, impregnaba mi nariz.

«Están fumando hierba — pensé —. Y queman el incienso para disimular el olor acre del chocolate...»

Noemi Jakowski me miró fijamente.

Bueno, yo adiviné que me estaba mirando, por eso alcé mis ojos.

En efecto, me miraba fijamente, con expresión hipnótica.

—Por favor, miss Salter — dijo, con voz profunda —. me está perturbando. ¿Quiere concentrarse...?

Me sentí como una alumna díscola, pillada en falta.

Cierto que yo me tomaba todo aquello un poco en broma.

Acababa de terminar mi doctorado en Psicología y Psicoanálisis, pero... sólo tenía veintidós años y unas tremendas ansias por vivir la vida.

Gracias a Bob Miller, había tenido acceso a las reuniones que se celebraban en el chalet de madame Jakowski.

A pesar de su juventud — veintiocho años —, Bob era doctor en Psiquiatría y experto parapsicólogo. Tenía una lujosa consulta —muy cara— en las proximidades de la Quinta Avenida, y había obtenido rotundos éxitos y curaciones en su corta carrera.

Como digo, fui admitida a las sesiones del chalet de madame Jakowski en New Jersey, gracias a Bob Miller.

Por entonces, yo me sentía profundamente atraída por los fenómenos paranormales. Lo cual no impedíaque la tramoya y la comedia que yo veía en aquellas reuniones me impulsaran a tomar a broma lo que mis camaradas de sesión creían como, los artículos de la fe, cualquier católico.

Ya tenía alguna experiencia en aquel tipo de reuniones. Como cualquiera sabe, en Nueva York existen centenares de asociaciones de espiritistas, muy respetables..., tras las cuales no se esconden — salvo raras y honrosas excepciones — más que cuatro vivales, que consiguen

sustanciosas cantidades, a base de trucos de feria de pueblo.

—Miss Salter, por favor — insistió madame Jakowski.

—Perdóneme —supliqué—. Voy a tratar de concentrarme. Si no lo consigo, abandonaré esta reunión en seguida.

Noemi sonrió suavemente, comprensiva.

Tenía fama de médium excepcional. Y sé que hay pocos comediantes que logren dársela, con éxito, a Bob Miller, que se encontraba a mi izquierda.

Cerré mis ojos, y traté de entregar mi voluntad.

Lo intenté denodadamente durante tres minutos, pero... fue imposible.

El contacto con la mano del hombre que estaba a mi derecha lo impedía tajantemente.

Lo había observado nada más llegar. Era un hombre de unos cincuenta años, de estatura mediana, cuerpo redondo y adiposo, cabeza calva, cruzada por unas hebras grasientas, facciones blandas y sonrientes, brillantes, en la que la única nota sobresaliente era la arqueada nariz picuda.

Yo conocía a aquel tipo de individuos.

Era un obseso, como solíamos llamarles familiarmente en la Universidad. Uno de esos tipos que asisten a toda clase de reuniones y actos sociales donde impunemente se puede tocar a una mujer...

Estaba tan concentrada en mi cesión de voluntad, que mi rostro comenzó a exudar copiosamente.

En aquel momento escuché la voz armoniosa y sin estridencias de madame Noemi Jakowski.

—Por favor señor Hamilton, levántese de la mesa. Lo lamento, pero las circunstancias no son propiciaspara que usted asista a la reunión, hoy... Se lo ruego... Tal vez otro día, ¿le parece bien?

Miré por el rabillo del ojo a Hamilton, y comprobé que su faz rosada se había tornado rojo bermeja.

Se alzó de la silla, farfulló algo ininteligible y salió.

Madame Jakowski nos miró dulcemente a todos, unió sus manos a las personas que asistían a la reunión e invitó:

—Por favor. Creo que ahora podremos empezar.

Me sorprendí. Ella, con los ojos cerrados, había comprendido que era precisamente aquel individuo, Hamilton, quien evitaba, con sus afanes lujuriosos, que se consiguiera el clímax.

En el centro de la mesa había una vela encendida. Aparte de la vela, no había ninguna otra lámpara.

La mesa estaba cubierta por un suave paño negro e igualmente negras eran las cortinas que cubrían las cuatro paredes.

Así mi mano izquierda a la de un anciano, delgado y cano, que se sentaba a mi lado.

Bob estaba a mi derecha y aquel hombre, de mirada profunda y frente ancha, a mi izquierda...

Todos conteníamos la respiración, y yo... tenía el firme y sincero propósito de doblegar mi voluntad y abrir los ojos del alma.

Transcurrieron unos pocos segundos.

¿Treinta, quizá cuarenta...? No podría decirlo, porque ponía todo mi interés en concentrarme.

Entonces oí aquella voz.

Una voz metálica, clara, perfectamente inteligible.

—...Este es el último mensaje. Nuestra situación es imposible. Debemos aceptar la realidad. O recibimos inmediato auxilio o... todos pereceremos...

Juro que yo escuchaba —no sé si con mis oídos o con el cerebro— aquel angustioso mensaje.

—Nuestras posibilidades de supervivencia son minimas..., mínimas..., minimas... Después de la terrible colisión, nuestra nave vaga a la deriva, sin rumbo fijo. No hay posibilidad material de salvación, si no obtenemos inmediato socorro.

Las manos de las dos personas a las que yo unía lasmías vibraban tremendamente, como si a través de ellas me llegase un fluido potente

e irrefrenable.

—He estado revisando a las víctimas — repercutió la voz en mi cerebro—. Y he contado más de cuatrocientas... Admito que es horrible... ¡ver muertos a tantos camaradas y amigos, que podían haberse salvado!

La voz, claramente varonil, adquirió entonces un trémolo desesperado.

—...todos muertos. A nadie puede culparse de esta catástrofe, sino a la fatalidad. En cuanto a mí, ha sido algo abyecto... ¡Me he visto obligado a quemar, uno por uno, los cuerpos de mis camaradas...!

Alucinada, yo trataba por todos los medios de mantener mi concentración, puesto que de ello dependía que siguiera percibiendo el raro y dramático mensaje.

—...pero ahora sólo quedo yo. Todos han ido muriendo. Anoche éramos siete... Esta mañana, tres... Y ahora... Estoy yo sólo... Es una sensación de infinita soledad..., es... como una anticipación de la muerte.

Creo que debí alcanzar una tremenda tensión psíquica para entonces, pues mis ropas —aunque yo no lo supiera entonces— estaban empapadas en sudor.

—... que no puedo hacerlo, que no debo hacerlo. Para mí lo más fácil sería morir. Pero soy el último de la empresa, y mi deber es sobrevivir hasta el último momento. Éramos quinientos setenta... Hoy sólo queda uno...

Era una voz viril, idealmente modulada, emocionada y decidida. Una voz de hombre, dispuesto a no sucumbir hasta el último momento, a sacrificarse hasta el final.

—...aproximo al momento más álgido y peligroso. Es posible que muera. Y, con ello, terminará todo. Pero aún tengo esperanzas... He resistido a la epidemia, a la feroz y cruel enfermedad... ¿Qué puedo esperar? ¡Esperar...! Eso es lo único que me queda...

Súbitamente, experimenté un tremendo dolor en la nuca y... comencé a arrojar un caño de sangre por la nariz.

Alguien debió atenderme. Ahora sé que fue Bob Miller, a quien rápidamente auxilió madame Noemi Jakowski.

CAPITULO II

—No me lo explico, Joanna — dijo Bob. Y se le notaba inquieto y apesadumbrado—. Fue algo muy extraño...

—Por favor, explícate — rogué.

Por el amplio ventanal de mi habitación del hospital penetraban unos alegres rayos de sol. Podía ver la Sun Road, llena de personas, contentas y vivaces, que iban y venían, bromeaban o, simplemente, permanecían en pie a la sombra de los tilos, charlando apaciblemente.

Miller apagó el cigarrillo sobre el cenicero. Advertí que sus ojos —eternamente inquietos y vivarachos— evitaban encontrarse con los míos.

—Empezaste a arrojar sangre por la nariz y por la boca, y tu rostro se... transfiguró. No eran exactamente tus facciones, Joanna... ¡Era... algo distinto y terrible!

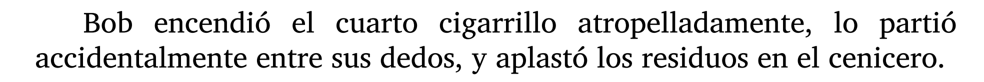
La risa me bulló en el cuerpo. ¿Era una nueva broma del, imaginativo Bob Miller?

Pero Bob parecía terriblemente serio.

—Perdiste el conocimiento. Necesitaste transfusiones sucesivas de sangre durante... cuatro días. Padecías una anemia hiperaguda... Y estuviste a punto de morir. Luego, una tarde, se cortó la hemorragia y comenzaste a mejorar. Extraño. Algo que ningún médico conoce. Ahí tienes a Mayer, a Rivermann, a McGuilsh... Son lumbreras, ¿no? Pues he hablado con ellos, y todos opinan que, clínicamente, debías estar muerta.

Yo me sentía muy bien aquella mañana. Pero lo que oía de los labios de Miller comenzaba a preocuparme.

—¿Hablas de mí? —pregunté, con el tono intrascendente que solíamos usar en la Universidad.



Bob encendió el cuarto cigarrillo atropelladamente, lo partió accidentalmente entre sus dedos, y aplastó los residuos en el cenicero.

—Lo que importa, Joanna, es que pareces estar bien...

—dijo, pensativo

—¿Cómo que parezco? — grité—. ¡Estoy bien!

Sentía ganas de saltar sobre el lecho, de bailar antelas narices de Bob Miller, de...

Y hubiera hecho todo aquello, de no estar segura de que me encontraba desnuda, bajo las tenues sábanas.

—Cálmate. Fue algo terrible —observó él—. Pero, afortunadamente, y aunque la ciencia no tenga explicación para ello, ya ha pasado. Veo que eres tú, realmente tú, Joanna, y eso es lo que importa. Y ahora que te veo viva y llena de salud, no voy a callarme.

—Habla —le invité amablemente.

—Lo que no te perdono es que echaras a perder la sesión, en casa de madame Jakowski —pronunció ceñudo —. Aunque no cabe duda que demostraste muy eficazmente tus condiciones de actriz.

Debí poner una cara muy rara, porque Bob me observó, reflexivo, y preguntó:

—¿Es que no lo recuerdas?

—¿Qué? — dije.

—Tu mensaje — respondió él, con voz engolada —. Nos tuviste a todos en vilo, con tu relato tan dramáticamente logrado —y declamó, con voz metálica y convincente—: *«Me aproximo al momento más álgido y peligroso... Es posible que muera. Y, con ello, terminará todo. Pero aún tengo esperanzas... ¿Qué puedo esperar? ¡Esperar...! Eso es lo único que me queda... »*

Las palabras que escuchaba obtuvieron una intensa repercusión en mi cerebro.

—¡Ahora lo recuerdo! —exclamé, con emoción—. ¡Las palabras de la médium, de madame Noemi Jakowski...!

Miller me miró con terrible fijeza.

—¿Te burlas? ¡Tú fuiste quien pronunció aquel absurdo parlamento…! —exclamó, con reproche.

Bob estaba serio, no bromeaba.

Pero yo me sentía profundamente desconcertada.

* * *

Me sentía muy extraña.

Había abandonado el hospital dos meses atrás, y me habían dado toda clase de seguridades acerca de micuración.

Estaba más delgada, eso sí, pero mi tez se había bronceado en el solarium, y me sentía fuerte y saludable.

Me habían explicado muy por encima — tras la conversación con Bob Miller— todo lo relacionado con mi enfermedad y con mi —al parecer— increíble recuperación.

Me sentía aislada y solitaria, necesitaba urgentemente compañía y protección.

Pero…

Mi madre había muerto, víctima del cáncer, seis años atrás, y mi padre se volvió a casar poco después, con una mujer diez años más joven que él.

Mi padre y June — su nueva esposa — habían tenido otros dos hijos desde entonces, y todo ello nos había ido distanciando hasta el extremo de que él apenas me llamaba una vez al año, por mi cumpleaños. Por cierto que la última vez, incluso se había olvidado de felicitarme…

Bob Miller era un buen amigo. Pero sólo eso… Por lo demás, Miller estaba siempre ocupadísimo de desterrar traumas y alejar manías de las mentes de sus acaudaladas clientes.

Sin embargo, le llamé por teléfono, una semana más tarde.

—Bob, hay algunas cosas que no han quedado claras… Me refiero a la sesión de espiritismo — le dije.

—Yo pienso lo mismo — respondió.

—Escucha, creo recordar que tú te proponías grabar todo lo que sucediera en la sesión...

—Así fue, en efecto. Lo consulté con madame Jakowski, y ella accedió. Todo cuanto ocurrió en aquella habitación fue grabado en video. También se tomó el sonido en banda estereofónica.

Al escuchar su respuesta, me sentí asaltada por la mayor ansiedad.

—Bob, tengo que ver esa grabación — pedí.

Miller se mostró reacio.

—Mi opinión es que te conviene olvidar todo eso, Joanna. Tal vez más adelante...

—¡Por favor, por favor, Bob! Si no me haces fáciles las cosas, voy a sentirme más y más obsesionada — supliqué.

Cedió, al fin. Y supongo que se decidió, al notar mi tenso estado de ánimo.

—Muy bien — dijo —. Pasa mañana, hacia las ocho, por mi consulta.

A las siete y media del día siguiente estaba yo allí. Una guapa y elegante auxiliar me llevó hasta una salita de espera, y me advirtió que el doctor Miller tardaría todavía unos minutos en despachar a su última paciente.

Bob vino quince minutos más tarde. Escrutó mis facciones con interés, y me invitó a pasar a la habitación donde tenía instalado su complejo sistema de audiovideo.

—Siéntate y ten calma — me recomendó —. Lo que vas a ver... es algo poco corriente.

Seleccionó Una grabación, la colocó en el alojamiento de reproducción, y la pantalla de un gran televisor se iluminó.

Las imágenes se sucedieron velozmente hasta el instante en que madame Jakowski invitaba al señor Hamilton a abandonar la reunión.

Luego me vi a mí misma, tomando las manos de mis compañeros, los ojos cerrados y una expresión de suma, concentración en las

facciones.

Inmediatamente, mis labios comenzaron a moverse y oí perfectamente aquellas palabras:

Este es el último mensaje... Nuestra situación es imposible.

Eran mis labios los que hablaban: bastaba seguir el sincronismo entre sus movimientos y las palabras que brotaban de ellos.

¡Pero aquélla no era mi voz...! La que yo estaba oyendo tenía un timbre masculino, aunque perfectamente modulado.

Me sentí muy extraña. Era como si, después de tomada aquella grabación, hubieran doblado mi voz...

—Sé lo que estás pensando —oí detrás de mí a Bob—. Pero aquí no hay otra cosa que la grabación tomada en aquella sesión.

Presté nuevamente atención a la pantalla.

De repente, yo misma echaba la cabeza hacia atrás con brusquedad, y de mi nariz y mi boca brotaban torrentes de sangre...

Entonces mis facciones se alteraron horriblemente. Por unos instantes, mi rostro se transfiguró, y luego caí de bruces.

Vi como Bob se inclinaba rápidamente sobre mí, me tomaba en brazos y me recostaba en un diván alejado...

Miller se levantó y detuvo la reproducción.

Le miré, asustada.

—Yo no fingía, Bob. Yo creía que esa voz brotaba de los labios de la señora Jakowski —protesté fervientemente.

—Eran tus labios los que articulaban las palabras, no hay duda —respondió, serio.

—¿Y cómo podría disimular, alterar mi voz hasta esos extremos? Mi timbre no es muy agudo, pero ¡es tan diferente de la voz varonil! Tienes que creerme, Bob : yo jamás hice ejercicios de ventriloquia... No sabría hacerlo.

Miller callaba. Parecía meditar.

—En tal caso, sólo cabe una solución —dijo, al cabo —. Es decir, se produjo un fenómeno paranormal.

—¿Qué quieres decir?

—Que captaste un mensaje telepático, y fuiste capaz, aunque subconscientemente, de traducirlo en palabras.

Seguramente, con el mismo tono de voz que la persona que lo emitía: un hombre —expuso.

—¡Qué extraño! —exclamé—, Pero ¿y mi abundante hemorragia, la transfiguración monstruosa de mi rostro...?

Bob comenzó a pasear, muy agitado, a lo largo de la sala.

—La hemorragia podría tener alguna explicación razonable: la tremenda tensión psíquica y física a la que estuviste sometida durante unos minutos... —respondió.

Y se detuvo—. Pero lo inexplicable es esa tremenda alteración de tus facciones...

Volvió a sus rápidos paseos, y se paró ante mí.

—Tan inexplicable como tu curación. Ya sabes la opinión de los especialistas. Según ellos, tú, ahora, deberías estar muerta...

Volví en mi coche a mi apartamento de Glendale.

La consulta con Miller, lejos de aclarar mis dudas y tranquilizarme, había llevado la zozobra a mi ánimo.

Apenas cené aquella noche. Un gran vaso de leche, y a la cama.

Por desgracia, el sueño no acudió a mí hasta altas horas de la madrugada.

Finalmente, me dormí.

Desperté... en el vestíbulo de la casa, ante la asombrada señora Brown, una vecina de mediana edad que contemplaba, con ojos desorbitados, mi cuerpo semidesnudo.

¿Sonambulismo? Yo era la primera en enterarme de ello.

CAPITULO III

Artax hizo venir, por último, el cuerpo de Wen-A.

El cadáver flotó lentamente, y se aproximó a la cámara crematoria.

Un estremecimiento recorrió la elevada figura de Artax cuando tuvo ante sí el cadáver de la jovencita.

Wen-A, apenas una adolescente, bella e inteligente, había sido la última en morir.

Y Artax debía dar el terrible paso: introducirla en la cámara crematoria y convertir aquel hermoso cuerpo en cenizas.

Hubo una crispación final en las facciones del hombre y... el cuerpo de Wen-A se deslizó hacia el interior de la cámara.

«Ahora estoy solo. Terriblemente solo», pensó, cuando la puerta de la cámara se cerró, sin ruido.

Diez minutos duró la cremación. Diez minutos, durante los cuales Artax permaneció erguido e inmóvil, impenetrable la expresión, pero... experimentando una íntima y violenta conmoción.

«Ahora... sólo quedo yo», pensó.

Sentía la soledad como algo físico, como un sentimiento inquietante.

Las inmensas estancias de la nave, vacías, silenciosas...

«¿Cuántos minutos, cuántas horas o días de vida me restan?», se preguntó.

Desconectó la ignición en la cámara crematoria y salió. Durante muchas horas, recorrió la gran nave de extremo a extremo,

deteniéndose en cada estancia donde había convivido con sus semejantes…

En su memoria podía ver al sabio Grek-Ix, al burlón Q-All, a la gentil Wa-O…

Todos ellos habían reído, trabajado y compartido las larguísimas jornadas con Artax, a través del espacio infinito.

La catástrofe había llegado bruscamente: un pesado proyectil, brotado de la superficie del planeta Tierra, había alcanzado a la nave capitaneada por Artax.

El hombre de Feex-Onk conocía ahora la naturaleza de aquel proyectil: era una bomba de neutrones.

Las averías de la nave espacial no habían resultado irreparables, pero el efecto de la bomba había resultado letal entre las personas que procedían del planeta Feex- Onk.

Artax había asistido, impotente, al dramático fenómeno: los cabellos de sus camaradas se desprendían del cráneo, su piel se cubría de pústulas, sus cuerpos enflaquecían rápidamente, como si padecieran una aguda anemia perniciosa, sus pulmones se paralizaban y, finalmente, morían en medio de alucinantes tormentos…

No había ningún remedio, a bordo, que detuviera el temible efecto de aquel arma. Uno por uno, los hombres y mujeres de Feex-Onk fueron pereciendo.

Pero… ¿por qué había sobrevivido Artax?

La única explicación posible era su traje de fina malla metálica. Artax estaba vestido cuando se produjo la colisión con el proyectil procedente de la Tierra.

—¡Solo, solo, solo…! —murmuraba, obsesionado, mientras recorría las tétricas dependencias de la astronave.

La ira, la rabia y la desesperación más hondas se iban espesando en su corazón.

Desde la cabina de observación de proa contempló, con odio, el brillante y lejano globo azulado.

Y en aquel momento, decidió que la exterminación de los suyos

exigía la más terrible venganza. .

«También ellos morirán... ¡Yo los exterminaré...!», pensó.

El mando estratégico de la costa Oeste permaneció en tensión durante tres semanas.

El 31 de marzo, las bases de alerta y control habían seguido, en sus pantallas de radar, la caída de un voluminoso cuerpo, de procedencia desconocida.

Los datos eran bastante precisos:

—Longitud, seiscientos metros; anchura, doscientos: espesor, cuarenta metros... Peso aproximado, seis mil toneladas; consistencia metálica...

Al principio de la alarma, las estaciones de seguimiento esbozaron la posibilidad de que un gran jet de pasajeros o un bombardero pesado, enemigo, hubiera caído al mar.

Pero el escrupuloso análisis electrónico del volumen de aquél cuerpo no dejaba lugar a dudas: aquella enorme masa no podía corresponder a ningún avión conocido.

Se especuló con la posibilidad de que fuera un gran bólido, surgido del espacio. Era la única explicación lógica, sin dejarse desbordar por la fantasía...

Más de cien unidades especializadas de la Armada abandonaron sus bases en la costa del Pacífico, y se hicieron a la mar.

Según las mediciones, aquel gran objeto metálico debía haber caído al mar, a una distancia de unas ochenta millas del litoral, a la altura de Point Concepción.

La operación de rastreo se llevó a cabo con el mayor secreto, a fin de evitar la alarma entre la población civil.

Fueron utilizados submarinos de bolsillo, batiscafos y buceadores, altamente especializados.

Por desgracia, la zona donde podía haberse sumergido el enorme objeto abarcaba unas ochocientas millas cuadradas... Y en aquella área, la profundidad media era de mil quinientos metros.

Tras ocho días de operaciones incesantes, el mando dio por

terminado el rastreo, y las unidades de la Armada regresaron a sus bases, sin haber obtenido el menor resultado práctico.

¿Qué había ocurrido?

Misterio. Nadie podía explicárselo, pero el suceso no fue dado a la publicidad, y las autoridades se olvidaron de ello.

* * *

El veintitrés de abril abandoné Glendale.

Eran poco más de las once de la mañana. Conduciendo mi coche, me dirigí al Norte, a través de la carretera Ciento Uno, que bordea la costa.

Hacia las cuatro de la tarde, llegué a Santa Bárbara.

Crucé la ciudad, sin detenerme, y penetré en las instalaciones del Ocean Club, una distinguida sociedad de amantes del deporte, de las embarcaciones y de la pesca en alta mar.

Yo pertenecía al Ocean Club desde tres o cuatro años atrás. Bajé del coche, me dirigí a la oficina del secretario, y saqué un billete para alquilar una lancha a motor durante cuatro horas.

Volví al coche, tomé una maleta deportiva, y me dirigí al muelle. Pitts, un viejo y arrugado marino, de color cobre, vino a mi encuentro.

—Buenas tardes, doctora Salter — saludó alegremente—. ¿Va a salir?

Asentí con el gesto.

Pitts movió la cabeza, dubitativo.

—No se lo aconsejo —dijo, con su voz bronca, pero amable—. ¿Ve aquella clara bruma, a ras del horizonte? Eso quiere decir que, dentro de tres o cuatro horas, tendremos jaleo en el mar...

Le tendí el billete y le dije, inexpresiva:

—No pienso tardar tanto.

El marinero me precedió a lo largo del amarradero, y saltó a la cubierta de popa de una bella embarcación dotada con un motor «Evinrude» de sesenta caballos.

Yo salté en pos de él, cuando ya Pitts daba al arranque; el motor rugió fuerte, Pitts lo calentó con unos acelerones, y luego saltó al muelle.

—No lo olvide, doctora Salter —recomendó—. Sea prudente.

Soltó el cabo, y lo arrojó sobre cubierta. Yo me puse tras el timón, aceleré y la lancha se separó del muelle.

Crucé ante el rompeolas, y gané el mar abierto.

Pitts tenía razón: corría una brisa fuerte y húmeda, y la mar estaba un tanto picada, y la lancha saltaba sobre ella como una piedrecita arrojada de plano a un estanque.

Miré la aguja del marcador de combustible, y calculé que el depósito debía estar casi lleno.

—Ochenta millas… —murmuré, entre dientes.

Pero ¿qué diablos hacía yo en medio del océano, a bordo de una potente lancha que saltaba peligrosamente sobre la rizada superficie del mar…?

Yo no lo sabía.

Algo extraño e inquietante me estaba sucediendo, de eso estaba segura.

Cada vez que recordaba mis propias facciones deformadas, monstruosamente alteradas, un escalofrío de horror me estremecía convulsivamente.

La pantalla del televisor de Bob Miller me había presentado unas facciones horribles: mi frente se había abultado, las cejas se habían elevado en oblicuo, mis ojos habían adquirido un relumbre siniestro, mis pómulos se habían hinchado estremecedoramente, y mis labios se habían estirado con un rictus de increíble crueldad…

¡Dios mío, aquélla no era yo…! ¿Cómo había podido ocurrir tal cosa?

Dos días antes, me había decidido a visitar a madame Jakowski. Me había costado un gran esfuerzo de voluntad dar aquel paso.

¿Por qué...?

No sabría explicarlo, de forma concreta. Noemi Jakowski era una bella mujer, de exótica hermosura, cabellos negros, con brillo metálico, exquisitamente correcta, de maneras suaves y dulces.

Sin embargo... Había algo en ella que me inquietaba. La verdad es que no sabría explicarlo.

La noche que asistimos a la sesión de espiritismo me habían causado profunda impresión los iris de sus ojos, que tenían un insólito brillo de plata.

Lo comenté en voz baja con Bob Miller. Él sonrió, comprensivo, y susurró a mi oído:

—Confieso que yo también me sentí impresionado, cuando la vi por primera vez. Pero ya me conoces: siempre voy directo a las cosas. Se lo pregunté, y me dijo que usaba unas lentillas. ¿Lo comprendes? Son las lentillas las que dan ese brillo insólito a sus ojos.

¿Por qué temía a madame Jakowski? ¿Era, quizá, una consecuencia de la dramática experiencia que había sufrido en su casa...?

De todas formas, como digo, me sentía tan obsesionada, que conseguí vencer todas mis prevenciones y me dirigí a su chalet.

Cosa extraña: ya había llegado bajo el porche y me disponía a pulsar el timbre, cuando la puerta se abrió y apareció Noemi Jakowski.

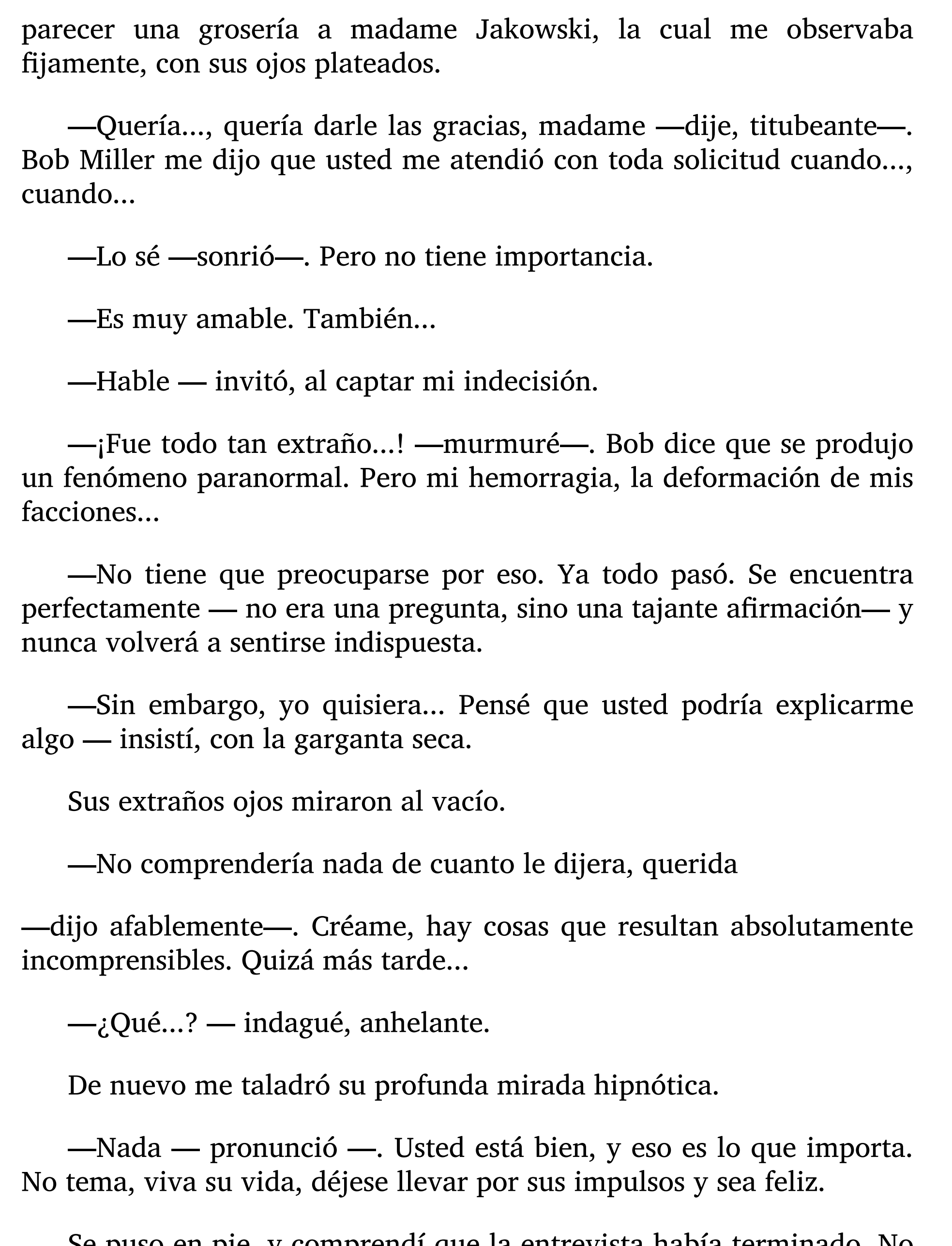
—¿Me esperaba? — pregunté, sorprendida, porque ni siquiera había avisado Bob de aquella visita.

Sonrió, enigmática.

—Las médiums somos también un poco... videntes —respondió —. Pero, pase, por favor.

No me recibió en la sala donde se celebraban las sesiones de espiritismo, sino en un cómodo cuarto de estar, próximo al vestíbulo.

Fumé nerviosamente un cigarrillo, olvidando que aquello podía



parecer una grosería a madame Jakowski, la cual me observaba fijamente, con sus ojos plateados.

—Quería…, quería darle las gracias, madame —dije, titubeante—. Bob Miller me dijo que usted me atendió con toda solicitud cuando…, cuando…

—Lo sé —sonrió—. Pero no tiene importancia.

—Es muy amable. También…

—Hable — invitó, al captar mi indecisión.

—¡Fue todo tan extraño…! —murmuré—. Bob dice que se produjo un fenómeno paranormal. Pero mi hemorragia, la deformación de mis facciones…

—No tiene que preocuparse por eso. Ya todo pasó. Se encuentra perfectamente — no era una pregunta, sino una tajante afirmación— y nunca volverá a sentirse indispuesta.

—Sin embargo, yo quisiera… Pensé que usted podría explicarme algo — insistí, con la garganta seca.

Sus extraños ojos miraron al vacío.

—No comprendería nada de cuanto le dijera, querida

—dijo afablemente—. Créame, hay cosas que resultan absolutamente incomprensibles. Quizá más tarde…

—¿Qué…? — indagué, anhelante.

De nuevo me taladró su profunda mirada hipnótica.

—Nada — pronunció —. Usted está bien, y eso es lo que importa. No tema, viva su vida, déjese llevar por sus impulsos y sea feliz.

Se puso en pie, y comprendí que la entrevista había terminado. No sabría nada más a través de madame Jakowski.

Ni a través de ella, ni a través de nadie. Sería una experiencia que debería olvidar, sepultar en lo más profundo de mi cerebro.

Volví a Glendale.

Aquella noche dormí profundamente, y cuando desperté, me sentía

alegre y descansada.

Fui a la cocina a prepararme el desayuno, y volví al salón para poner un poco de música.

Ya me disponía a seleccionar algo rítmico y alegre, cuando vi la cassette sobre el magnetófono. Yo no recordaba haberla dejado allí, pues suelo ser muy ordenada, pero era una cinta de Henry Mancini, y decidí ponerla.

Volví a la cocina y aparté el café. ¡Qué extraño! Habían transcurrido ya dos o tres minutos, y no oía la música a través de los altavoces estereofónicos que tengo instalados en todas las habitaciones de mi casa.

—¡Vaya...!—gruñí, sin darle mayor importancia—. La cinta se ha roto o el magnetófono se ha estropeado.

Volví al salón, canturreando, y alcé la tapa transparente del aparato. La cinta estaba bien, aparentemente, y el magnetófono funcionaba.

La inserté en su alojamiento de nuevo, di a la marcha, y elevé un poco el volumen.

De repente, oí resonar la profunda y convincente voz:

—Doctora Salter, escuche con toda atención. Doctora Salter...

Me detuve cuando me dirigía a la cocina. Quedé inmóvil, es decir, rígida.

Porque aquella voz calaba profundamente en mi cerebro.

—Usted va a obedecerme, usted «tiene» que obedecerme... Lo hará, ¿verdad?

—Sí — respondí con un hilo de voz.

—Bien. Escuche mis instrucciones: tomará su coche en las primeras horas de la próxima mañana, y se dirigirá a Santa Bárbara. ¿Verdad que lo hará?

—Sí —susurré, en contra de mi voluntad.

—Pero antes tiene que hacer algunas cosas. Diga a sus amistades que se dispone a tomarse unos días de vacaciones. Después irá a la ciudad y

adquirirá un traje de caballero, ropa interior, zapatos… Las medidas…

Escuchaba como alucinada. Pero aquellas palabras iban quedando grabadas, de forma indeleble, en mi mente.

—*Cuando lo tenga todo en su poder, tomará el coche y se dirigirá a Santa Bárbara y alquilará una lancha suficientemente potente. Simule que se dispone a pasar unas horas pescando. Abandone el muelle, y siga esta dirección: latitud… Longitud… Se detendrá a ochenta millas de la costa y aguardará.*

Transcurrieron unos segundos de silencio. Luego tornó a resonar aquella voz profunda:

—*Usted me obedecerá, doctora Salter. ¡Me obedecerá! ¿No es cierto?*

—Obedeceré — respondí, con voz clara y decidida.

CAPITULO IV

Mi personalidad parecía haberse desmembrado en dos partes: una lúcida e independiente, y otra que se conducía como un autómata.

Mi razón lúcida había reconocido aquella voz, grabada en una de mis cassettes: era la de Noemi Jakowski.

No podía imaginarme qué intereses empujaban a aquella mujer a comportarse de forma tan inexplicable.

Para realizar la grabación, madame Jakowski debía haberse introducido en mi casa. Pero aquel paso suponía una osadía considerable: revelaba que ella estaba sumamente interesada en el indescifrable asunto.

Indescifrable, desde luego. Yo no podía imaginar para qué debía adquirir aquel completo equipo de indumentaria varonil, para..., al día siguiente, dirigirme al mar y alcanzar un punto situado nada menos que a ochenta millas de la costa.

«Parece uno de esos programas de televisión, titulados Encuéntrelo y gane», pensé.

Mi razón me decía tajantemente que debía hacer caso omiso de las órdenes grabadas en la cinta magnetofónica. Y sin embargo...

Cuando me di cuenta, estaba llamando por teléfono a Bob Miller y dándole la noticia: me tomaría algunos días de vacaciones. Después llamé también a mis amistades más próximas, e hice otro tanto.

—Estoy loca, ¡loca de remate! —decía para mis adentros.

Pero en cuanto hube desayunado, me vestí, salí decasa y me dirigí a la zona comercial.

Saqué cuatrocientos dólares de mi cuenta bancaria y me dirigí a una elegante tienda de ropa para hombres.

No llevaba ninguna nota, pero fui dando los datos estrictos al joven que me atendió. Poco después, volvía a la calle con dos enormes cajas bajo el brazo.

«Aún estás a tiempo — pensé —. ¡Tira esa maldita cinta al incinerador de basuras, olvídate en cualquier lugar estas cajas, y niégate a seguir adelante! Esta noche dormirás tranquilamente, te relajarás y, cuando despiertes, te sentirás libre, absolutamente libre.»

Pero yo sabía que no iba a ser así.

Y la prueba era obvia: ahora estaba en mitad del mar, consultando la carta de navegación, mientras sujetaba el timón con una sola mano.

La lancha volaba, rauda, siempre hacia el Poniente.

La predicción de Pitts se había cumplido: en la línea del horizonte comenzaban a formarse oscuras formaciones nubosas, y el viento se había hecho más fuerte y racheado.

Hacia las cinco y media de la tarde me encontraba en el punto elegido. Paré el motor, y la lancha continuó navegando algo más de media milla, hasta inmovilizarse. Bueno, inmovilizarse es mucho decir: los leves rizos de la superficie del mar se habían convertido ya en olas de casi un metro de altura, por lo que la embarcación saltaba y se balanceaba violentamente.

Apresuradamente me coloqué un chaleco salvavidas, y luego aguardé, con los ojos perdidos en la lejanía y la espalda recostada en el asiento del timonel.

Oía perfectamente el chap-chap de las olas golpeando el casco de la lancha. De cuando en cuando, una fuerte ráfaga de viento arrasaba las crestas de las olas, y las chispitas húmedas azotaban mi rostro.

Me hallaba completamente abstraída cuando escuché aquel rumor a estribor.

Giré la cabeza y... ¡y vi aquellas garras metálicas, apoyadas en la borda!

El grito de horror no llegó a brotar de mis labios. Por encima de la borda apareció una cabeza, de cabellos plateados, chorreantes.

«¡Un anciano, un náufrago...!», pensé.

Me incorporé de un salto, y fui hasta la borda. Lo que yo había creído garras no eran otra cosa que manos cubiertas por guantes de color metálico.

El hombre jadeaba con fuerza. A pesar de sus brillantes cabellos color plata, no era viejo, sino joven y musculoso.

—¡Vamos, arriba! — grité. Y le así por ambos brazos para ayudarle a subir.

Pero él contrajo los hombros vigorosamente, y saltó por sí solo a cubierta.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba absolutamente desnudo, a excepción del ancho cinturón que llevaba a la cintura.

Di un gritito y me volví, alarmada.

Podía oír sus jadeos y el gotear del agua que escurría de su cuerpo sobre cubierta.

—Ropa —dijo él.

¡Aquella voz...!

Tomé la maleta, la abrí y la empujé con un pie hacia el hombre, evitando mirarle.

Pasaron unos minutos. La lancha botaba materialmente sobre las olas, y el cielo estaba cubierto por completo de oscuros nubarrones, que presagiaban la proximidad de la tempestad.

—¿Quién es usted...? ¿Cómo se llama? — pregunté.

El pronunció un nombre entre dientes.

—¿Harbasch? Suena exótico, como alemán o así, ¿no? — dije.

—Hum.

—Naufragó, por lo que veo. ¿Estaba pescando? — insistí.

—Hum.

—¿Y su ropa? ¿Se desembarazó de ella para nadar más fácilmente?

—Hum.

Me volví, impaciente, tras escuchar aquella larga serie de monosílabos.

Quedé maravillada. Mis ojos recorrían, admirativamente, la silueta de aquel forzudo hombretón de casi dos metros de estatura, que parecía sentirse un poco embarazado vestido con aquel traje azul claro que yo habíacomprado. Pero, cosa extraña, pantalón y chaqueta le venían justos.

El jersey blanco se ceñía como un guante a su pecho de atleta, y acababa de calzarse los flexibles zapatos, con gran facilidad.

Entonces él alzó la húmeda cabeza y me miró.

¡Dios mío, sus ojos despedían un fulgor plateado como... como los de Noemi Jakowski...!

Era un hombre muy... atractivo.

Tenía una frente despejada, nariz fina y armoniosa, pómulos salientes, boca de labios gruesos, un mentón que traslucía energía.

Pero los ojos... Aquellos ojos, con brillo metálico, estaban taladrándome con tanta fijeza, que finalmente desvié la mirada.

—Bien, señor Harbasch — dije, azorada—. Extraña situación ésta, ¿no le parece?

—Hum — respondió, sin dejar de observarme.

—En fin, tratemos de alcanzar el puerto. Aunque supongo que esas nubes tratarán de impedírnoslo — añadí—. ¿Sabe pilotar una lancha?

—Hum.

De repente, me sentí irritada.

—¿Es que no sabe decir otra cosa que hum? — grité.

Claro que si era extranjero, como suponía, probablemente no sabría pronunciar en inglés más que unas pocas palabras.

Bajé los ojos, resignada, y... vi el charco de sangre sobre cubierta.

—¡Dios mío! — gemí—. ¡Está herido!

No respondió. Entonces fui hacia él, y le indiqué:

—Quítese la chaqueta.

Si no dominaba el inglés, al menos lo entendía perfectamente, pues me obedeció.

Entonces descubrí que la espalda de su jersey blanco de hilo estaba empapada en sangre.

—¡Dios mío! ¿Por qué no lo dijo, por qué no me avisó? ¡Venga, venga aquí! Hay un botiquín a bordo. Le curaré.

Le hice sentar tras el timón. Apenas cabían sus largas piernas en el reducido espacio, pero abrí el botiquín, alcé su jersey y dejé al descubierto su ancha espalda.

Mis labios temblaron al contemplar la enorme herida, de bordes irregulares, que tenía unos doce centímetros de longitud y era muy profunda, de forma que casi podía percibir el relieve de sus costillas.

No sé cómo saqué de mí la suficiente serenidad para tomar del botiquín los útiles necesarios y desinfectar el gran boquete.

Luego cosí los bordes con cagut sintético, y Harbasch ni siquiera se estremeció al sentir que la aguja mordía su carne. Tampoco pareció sentir nada cuando le inyecté en el brazo un antibiótico.

Por fortuna, la herida había dejado de sangrar al contacto con la suave tela del jersey, pero aquel hombre debía sufrir horrorosamente...

Sin embargo, sus exóticas facciones permanecían inalterables, según pude comprobar.

¿Cómo podía haberse producido aquella herida?

—¿Un tiburón? — pregunté —. ¿Le atacó un tiburón?

—Tiburón... Hum — respondió él.

Recogí aprisa el botiquín, le puse la chaqueta y arranqué el motor.

Al maniobrar para dirigir la lancha a tierra, una ola empujó de costado a nuestra embarcación, y estuvo a punto de hacerla zozobrar.

Por fortuna, el fuerte viento nos favorecía, y la lancha cruzó como una flecha el mar, patinando materialmente sobre las crestas de las olas.

Las maderas de la lancha crujían quejumbrosamente bajo nuestros pies, y la proa se elevaba en ángulo oblicuo, sin rozar las crestas.

Harbasch estaba a mi lado, apoyado en el parabrisas, erguido, inmóvil e inexpresivo.

¡Qué extraño individuo...!

Desde luego, parecía un hombre excepcional: seguramente, había nadado durante muchas horas en el mar embravecido, había sido víctima del temible ataque de un escualo y, sin embargo, no daba muestras de sentirse preocupado en lo más mínimo.

Y aquellos ojos, aquellos cabellos que brillaban con reflejos metálicos...

Intenté entablar una comunicación con él, pero todo fue inútil. Entendía mis palabras, pero apenas sabía cuatro palabras de inglés.

Una hora después, la situación se tornó tan difícil que me sentí angustiada. El viento soplaba, huracanado, y el seno de las profundidades parecía regurgitar toda su oscura violencia.

Olas de tres y cuatro metros impedían que la lancha desarrollara toda su velocidad. Cabalgábamos sobre el lomo de las olas, y bruscamente nos veíamos proyectados hacia el verde y agitado abismo.

Estaba oscureciendo. De cuando en cuando, una brillante exhalación se desprendía de las nubes, y un trueno horrísono retumbaba por encima dél fragor de la tempestad.

Apenas podía gobernar la embarcación, que era golpeada constantemente por las olas que alteraban su curso.

«Vendrá la noche... Una ola nos pondrá de quilla y... moriremos», pensé, llena de angustia y temor.

Harbasch continuaba a mi lado, inmóvil, sin demostrar la menor emoción, ante la furia desatada de los elementos.

Su presencia de ánimo me confirió el vigor suficiente para seguir luchando contra el mar.

Un suspiro se escapó de mi pecho cuando, ya oscurecido, advertí los destellos del distante faro de Point Concepción. Al menos, ahora

disponía de un punto de referencia, pues la verdad era que durante la última media hora habíamos estado navegando a ciegas.

Pocos minutos después, distinguimos las luces del puerto. Pasé la bocana sin novedad, y empecé a relajarme cuando la lancha hendió las aguas abrigadas del puerto.

Sin embargo, otra cuestión empezó a preocuparme… ¿Qué pensarían cuando me vieran aparecer en compañía de aquel extraño desconocido?

Su aspecto general era extraño, pero sus ojos… Yo jamás había visto unos ojos como aquéllos, y otro tanto sucedería a quien viera a Harbasch.

En el muelle de embarcaciones deportivas se advertía una animación desacostumbrada para aquellas horas.

Entonces lo comprendí todo: Pitts debía haber informado al secretario del Ocean Club, y éste, a las autoridades de Marina. Probablemente se había hecho a la mar alguna unidad de la Armada o… se disponía a hacerlo, para intentar mi rescate.

Brillaban potentes focos en el amarradero, y las dos docenas de personas que se encontraban allí hacían comentarios, en tono ruidoso.

Fue entonces cuando advertí que Harbasch no se encontraba a bordo.

CAPITULO V

Me había tocado soportar una buena bronca por parte de Hubert Blith y de otros cargos del club, así como la reconvención de un oficial de la Armada, encargado de las operaciones del rescate.

El único que se mostró cordial y afectuoso fue aquel viejo marinero, Pitts, que se limitó a estrechar mis frías manos y a decir:

—¡Gracias a Dios, doctora Salter! No haga mucho caso... Lo que importa es que ha regresado sana y salva. Procure recordarlo para la próxima vez.

Al fin, me dejaron marchar. Sentía una cierta inquietud... ¿Dónde estaba Harbasch?

«¡Qué misterioso personaje! — me dije —. Aparece malherido en alta mar y... se esfuma enigmáticamente cuando llegamos a puerto. ¿Quién puede ser? ¿Un espía?»

Un espía era la solución más razonable, y todo venía a apoyar mi creencia: su aparición en el mar —seguramente había llegado en un submarino—, su aspecto físico, su escaso conocimiento del inglés...

Me encogí de hombros, aunque en el fondo... me sentía un poco desencantada.

Con mi vacía maleta en la mano, abrí la portezuela de mi coche. Arrojé la maleta sobre el asiento contiguo, y me acomodé tras el volante, soltando un profundo suspiro.

Bien, todo había terminado, volvería a Los Angeles, y dormiría a

pierna suelta...

Di al contacto, arranqué y abandoné las instalaciones del Ocean Club, a toda velocidad.

De pronto di un grito de terror, pero... me tranquilicé al reconocer a Harbasch, que se había introducido, con toda frescura en la parte posterior de mi coche.

¿Qué podía hacer con aquel extraño individuo...?

Me desvié en un lugar apropiado, y detuve el coche al borde de la carretera.

—Veamos, señor Harbasch — dije mirándole, severa —. ¿Qué es lo que se propone exactamente? Ha tenido mucha suerte. Se ha salvado de morir ahogado o devorado por los tiburones, pero ha llegado el momento de separarnos, ¿comprende?

No hizo el menor comentario, y su mutismo me encrespó.

—Usted es un espía soviético, señor Harbasch, confiéselo — acusé, de repente.

Entonces respondió claramente, con una gruesa voz viril:

—No.

—¿Qué es, entonces? Por amor de Dios, dígame dónde vive, dónde está su familia. Yo le llevaré a donde sea, y luego me marcharé.

Me miraba fijamente, sin pestañear, pero no movió los labios.

—¿No puede explicarme quién es, dónde vive, de dónde viene? — clamé, desesperada.

—No — dijo.

Lo más razonable hubiera sido llevar a Harbasch hasta un puesto de policía, pero... no fui capaz de hacerlo.

Reflexioné, muy confusa.

Harbasch — si aquél era, en verdad, su nombre — había dicho que no era un espía. Pero si verdaderamente lo era, hubiera respondido negativamente de todas formas..., lo cual no aclaraba mucho las cosas.

Aquel extraño ser no me había hecho ningún daño. Estaba herido, probablemente exhausto y hambriento...! ¿Cómo abandonarle, en aquellas circunstancias?

«Probablemente, recibió un golpe en la cabeza, y ha perdido la memoria», traté de convencerme a mí misma.

Palpé una manga de su chaqueta... ¡Estaba seca!

—¿Cómo es posible? — exclamé, en voz alta—. Haceveinte minutos atravesamos la bocana del puerto. Usted desapareció entonces, a media milla del muelle. Tuvo que saltar al agua para alcanzar tierra sin que le vieran, a pesar de lo cual sus ropas están completamente secas... ¿Cómo lo consiguió? — pregunté, admirada.

No se dignó satisfacer mi curiosidad. Por el contrario, seguía mirándome, con expresión absolutamente impenetrable.

Me sentía sumamente irritada, pero recordé que Harbasch podía ser víctima de un ataque de amnesia, y puse el motor en marcha y arranqué.

Había tomado una decisión quijotesca: me haría cargo de Harbasch hasta que su herida de la espalda estuviera curada y cicatrizada. Después... no veía otra solución que dar cuenta a la policía.

Había visto, a la entrada de Santa Bárbara, un «motel» llamado Rosalito, y hacia allí nos dirigimos.

El lugar, apartado unos sesenta metros de la carretera, y rodeado de tilos, parecía alejado y discreto, de acuerdo con la insólita situación.

Frené suavemente sobre la arena de la explanada. Había media docena de automóviles estacionados allí, y yo dejé el mío en las proximidades.

Me volví hacia Harbasch. Sus raros ojos color plata relumbraban en la penumbra. Busqué en mi bolso, y saqué unas gafas de sol.

—Tenga — dije, entregándoselas—. No son lo más apropiado para un hombre, pero al menos impedirán que la gente vea sus ojos.

El las tomó en sus manos — cubiertas por aquellos extraños guantes — y las miró, indeciso.

—¿Tampoco sabe ponérselas? — exclamé, impaciente. Desde luego, no hubo más solución: tuve que colocárselas de forma apropiada. Harbasch las palpó con ademanes, y pareció de acuerdo en llevarlas.

Bajamos y penetramos en la oficina de recepción. Dije a la chica que pasaríamos allí unos cuantos días, y le pedí una cabina con dos dormitorios.

—¿Nombre?

—Señor y señora Harbasch — respondí.

La chica me miró con malicia. Seguramente estabatratando de imaginar qué clase de matrimonio sería aquel que solicitaba una cabina con dormitorios separados, pero a mí no me importaban sus pensamientos.

—¿Harbax? Suena extraño. Extranjero, ¿verdad? — comentó, curiosa —. Deletree el nombre, por favor.

Lo deletreé, según yo lo había entendido. Pedí a la chica que enviasen a la cabina una cena abundante, pagué cincuenta dólares por adelantado, y ella me tendió la llave de la cabina tres.

Salimos. Harbasch debía pesar más de cien kilos, pero caminaba a mi lado con ligereza y desenvoltura sorprendentes.

Entregué la llave a mi acompañante para que abriera la puerta, pero él me la devolvió, desconcertado.

Abrí y entramos. La cabina era confortable y estaba limpia. Dejé la maleta vacía en mi dormitorio, comprobé que las camas estaban en orden, y volví al saloncito-comedor.

De repente sentí un hambre desmesurada. Era lógico, puesto que no había entrado en mi estómago alimento alguno desde que desayunara, aquella mañana.

Harbasch permanecía en pie, rígido.

—¿Qué hace ahí? Póngase cómodo, siéntese— indiqué.

Se dejó caer sobre una silla, de forma muy rígida yenvarada. Con la espalda erguida y absolutamente inmóvil, siguió, sin perderme de vista un solo instante, mis cortos y nerviosos paseos a lo largo del

saloncito.

Por fortuna, minutos después llegó un joven camarero de color, casi un adolescente, portando dos bandejas y una cestita que colgaba de su brazo izquierdo.

Dejó todo sobre una mesita auxiliar, extendió el mantel, puso los cubiertos en la mesa con las servilletas, sacó dos botellas de cerveza y una de vino tinto, y sirvió los platos, tras lo cual nos deseó buenas noches y se marchó.

Había consomé, pescado, filetes en salsa, un poco picantes, ensalada y frutas.

Empecé a comer a toda prisa. Harbasch se abalanzó sobre los alimentos igualmente, pero cuando alcé un momento la mirada, advertí que estaba comiendo... ¡con los dedos!

No dije nada. ¿Es que la amnesia afectaba también a su capacidad locomotora...?

Le tendí una botella de cerveza, la probó y frunció los labios en un gesto de repugnancia. Sin embargo, se bebió un vaso de vino, sin hacer ningún comentario.

Observé que Harbasch poseía una magnífica y brillante dentadura, compuesta por dientes fuertes, largos y regulares. Masticaba a conciencia cada bocado, y parecía gozar mucho con la comida.

Cuando terminamos, recogí la mesa, puse los platos en las bandejas, y lo llevé todo a la cocina.

Era temprano — poco más de las nueve —, pero yo me sentía exhausta, y necesitaba dormir.

Hice que Harbasch me siguiera, le mostré el cuarto de baño, y le guié a su dormitorio.

—Será mejor que descanse pues los dos nos sentimos fatigados — dije—, Quítese el jersey. Se lo lavaré, y mañana estará seco.

Me obedeció como un niño. Desnudo, Harbasch mostraba todo su vigor muscular, impresionante.

Eché una ojeada a su herida, volví a adherir el apósito, y salí para que se desnudara.

Era curioso: con la excitación de las últimas horas, la obsesión que me había atormentado días pasados se había alejado de mi mente.

Lavé lo mejor que pude el jersey, lo escurrí bien y lo colgué en el brazo de la ducha. En seguida volví al saloncito. La puerta del dormitorio de Harbasch estaba entreabierta, y la luz seguía encendida.

Me atreví a echar una ojeada, advertí que él dormía profundamente, y apagué la luz.

Me desnudé en seguida en mi dormitorio, y me introduje en el lecho.

Creo que no había hecho más que conciliar el sueño cuando me desperté, sobresaltada.

Me había parecido escuchar voces o gritos en el dormitorio de Harbasch, por lo que, con la zozobra imaginable, me levanté y fui hacia allá.

Encendí la luz.

Harbasch. inclinado sobre el borde de su cama, estaba vomitando violentamente.

CAPITULO VI

A pesar de que soy excesivamente sensible, no sentí la menor repugnancia.

Me acerqué al lecho, sostuve los fornidos hombros de Harbasch, y limpié sus labios cuando terminó de arrojar cuanto contenía su estómago.

Le recosté en la almohada, y fui al cuarto de baño, donde había visto algunos útiles de limpieza.

Recogí los vómitos, fregué el suelo hasta que quedó bien limpio, y devolví el cubo y la fregona a su sitio.

Cuando estuve de vuelta en el dormitorio de Harbasch, advertí, de repente, que él me miraba con una expresión nueva. Es decir, sus facciones se habían animado.

Me estaba contemplando con gran intensidad, y entonces recordé... que sólo vestía unas pequeñas prendas íntimas. Salí apresuradamente, tomé mi batín, me lo puse y torné junto a Harbasch.

—Dígame, ¿se siente mal, está enfermo? — pregunté, con interés.

—No — contestó claramente.

Toqué su frente y tomé su pulso. Conté sesenta pulsaciones por minuto: era de lo más normal. No tenía fiebre, ni parecía sentirse enfermo, a pesar de lo cual había vomitado abundantemente.

Tratar a aquel hombre era como cuidar a un niño de pocos años. Harbasch sólo sabía decir sí y no y pocas palabras más.

—¿Quiere algo, necesita alguna cosa? — pregunté, pero él denegó —. Bueno, ha comido con exceso. Quizá no sea sino una indigestión, un pequeño cólico.

Como Harbasch permaneciera silencioso, le dije:

—Me llamo Joanna. Joanna Salter. Si necesita algo durante la noche, llámeme.

Ya me disponía a marcharme, cuando le oí pronunciar aquellas dos palabras que tanto me emocionaron.

Dijo:

—Gracias, Joanna.

* * *

A la mañana siguiente, la herida de Harbasch presentaba un excelente aspecto. La verdad es que me sorprendió mucho que

estuviera casi cicatrizada, pero en aquel hombre todo era asombroso e inexplicable.

Nos trajeron el desayuno a las nueve de la mañana. Harbasch comió con cautela, en pequeña cantidad, pero yo consumí una gran cantidad de tostadas, jamón, huevos y mermelada, además de dos tazas de café.

Como necesitaba cambiar el apósito de la herida, encargué por teléfono unas compresas esterilizadas.

Estaba arreglando las camas cuando llamaron a la puerta. Sin duda, Harbasch se decidió a abrir, cuando salía yo del dormitorio.

En seguida me di cuenta de que Harbasch había olvidado ponerse las gafas. El negrito que traía las compresas se encontró de bruces con aquel hombretón de extraños ojos de plata, y dejó escapar un grito de terror. La bolsa que traía en la mano se le cayó, y el muchacho huyó, aterrado.

Recogí la bolsa del suelo, y cerré la puerta. No dije nada a Harbasch, pero comprendí que aquel incidente podría acarrearnos preocupaciones: el camarero se apresuraría a hablar acerca del extraño individuo de la cabina tres y...

No pasó nada, durante la mañana. Sería la una aproximadamente, cuando volvieron a golpear la puerta.

Suponía que traían el almuerzo que yo había encargado por la mañana, pero, por si acaso, dije a Harbasch:

—¡Rápido, póngase las gafas y aguarde en su dormitorio!

Me obedeció. Y yo me dirigí a la puerta.

No era un camarero, sino un policía.

—Walter Lennon, policía de Santa Bárbara. ¿Es usted la señora Harbasch? — dijo.

—Sí. ¿De qué se trata?

—Verá, señora Harbasch. Siento molestarla, pero nos han llamado para decirnos que su marido... En fin, he recibido la orden de comprobar lo que ha declarado Jim Brown, el camarero. Dice que su esposo es un hombre muy... extraño — explicó.

Me eché a reir, aunque me sentía muy nerviosa. Podía comprender el estado de ánimo de la policía de Santa Bárbara: las gentes de la costa Oeste siempre están temiendo ser invadidos por los soviéticos. En el mar, han confundido muchas veces el bulto de un cachalote con un submarino ruso, etcétera.

—Entre — invité, haciendo de tripas corazón —. Comprobará que mi marido es un hombre absolutamente normal.

Lennon carraspeó y entró.

—Querido, tenemos visita — dije en voz alta. Pero Harbasch no apareció, por lo que fui rápidamente a su dormitorio.

Estaba vacío. Y el mío. Tampoco le encontré en el cuarto de baño ni en la diminuta cocina.

Tuve que disimular a toda prisa, cuando volví junto al policía.

—Ah, si, ahora lo recuerdo. Dijo que pensaba dar un paseo. Yo estaba haciendo las camas, y no le oí salir. Pero creáme, todo esto es absurdo. Mi marido es un hombre de lo más normal. Vea — le mostré varios de mis documentos—. Mi nombre de soltera es Salter, Joanna Salter. Incluso tengo aquí el carnet del Ocean Club — hablé velozmente.

Mi documentación y mis sonrisas convencieron un tanto a Lennon, que me devolvió los documentos y advirtió:

—De todos modos, volveré a la tarde, si no tiene inconveniente. Es sólo por convencer al dueño del «motel», ¿comprende?

Dije que me parecía bien. Lennon se marchó, y yo cerré la puerta.

Pero me sentía como sobre ascuas... No podía imaginarme cómo había escapado Harbasch, pues todas las habitaciones tenían sus ventanas cerradas. Podía haber salido por una ventana, cierto, pero ¿cómo se las arreglaría después para cerrar por dentro?

Un nuevo camarero llegó con el almuerzo. Mientras disponía la mesa, el joven dirigió furtivas miradas de curiosidad a todas partes, e incluso invirtió más tiempo del necesario en aquella tarea, pero finalmente se marchó.

Mastiqué la comida sin apetito. La excitación, a raíz de la visita del policía, la misteriosa desaparición de Harbasch... todo ello me había

quitado las ganas de comer.

Aguardé hasta las cinco, notando como mi tensión crecía a cada minuto. Tenía la esperanza de que Harbasch apareciera en cualquier momento, pero no ocurrió así.

Había mirado bajo las camas, y registrado los dos armarios. Harbasch era demasiado alto y voluminoso para caber en uno de aquellos muebles, pero agoté todas las posibilidades. Sin resultado.

Por nada del mundo me hubiera gustado verme comprometida en interrogatorios policiales o en líos de espionaje, por lo que irreflexivamente decidí huir.

No era aconsejable dirigirme a la oficina del «motel» y pagar la cuenta por lo que dejé treinta dólares sobre la mesa, con una escueta nota, en la que avisaba que mi marido se había sentido indispuesto, y me había visto obligada a llevarlo al médico.

—Ojalá se lo crean — deseé.

Tomé la maleta, cerré la puerta y dejé la llave en la cerradura. Tras lo cual caminé furtivamente tras los troncos de los árboles hasta alcanzar mi coche.

Di al encendido, puse la marcha atrás y lentamente accedí a la carretera, despacio para no llamar la atención. Sólo apreté el acelerador cuando me encontré a una milla de distancia, en dirección a Los Angeles.

Varias veces miré hacia la parte posterior del automóvil, con la secreta esperanza de encontrar allí a Harbasch, pero el asiento estaba vacío.

También yo me sentía vacía, de algún modo. Aquellas horas que había pasado en compañía del extraño Harbasch habían engendrado en mí un sentimiento de admiración y simpatía hacia él.

Al atardecer, me encontraba en mi casa de Glendale. Aunque puse música y traté de animarme, lo cierto fue que jamás me pareció más vacío y solitario mi hogar.

Tomé una ducha, me cambié de vestido y decidí ir a echar una ojeada a We, un club íntimo y animado que solíamos frecuentar Bob Miller, yo y algunas personas relacionadas con las ciencias médicas.

Entré en We a las diez de la noche. Eché una ojeada, y vi a Bob en un rincón alejado.Había otras personas junto a él. Una de ellas era Tom Hawkins, un joveny alocado oficial de la Armada, capaz de hacer descaradas proposiciones a cualquier mujer joven y atractiva, incluida yo.

Me acerqué al grupo, sin que ellos se diesen cuenta. Era Hawkins el que hablaba, aunque en tono bajo y confidencial.

Incluso pude oír algunas de sus palabras:

—... la alarma en todas las unidades de la costa Oeste...Debía pesar unas seis mil toneladas...Sí, aochenta millas, frente a Point Concepción...

Todos le escuchaban con suma atención, por lo que moví adrede una silla y grité alegremente:

—¿Qué...? Conspirando, ¿eh?

Hawkins palideció, y calló como un muerto. Pero Bob se levantó, me cedió su confortable sillón y ocupó una silla.

—Bienvenida, Joanna — saludó, cordial —. ¿Qué ocurrió con tus vacaciones? No me lo digas, te las echó a perder el tiempo.

—Eso es — respondí con una sonrisa. Y los miré a todos —. ¿Hay algún voluntario que quiera pedir para mí un whisky con mucho hielo?

Padler, un joven médico interno en el Gran Hospital, llamó al camarero e hizo el pedido. Poco después, la conversación se generalizó y todos charlamos y bebimos ruidosamente, sin dejar de fumar cigarrillos en aquel íntimo rincón donde solíamos celebrar nuestras tertulias.

Tom Hawkins permanecía callado, serio. Y no volvió a reanudar la anterior conversación, en el resto de la velada.

Eran poco más de las doce cuando Bob Miller anunció que se iba, pues tenía que madrugar.

Aproveché la circunstancia de que había venido en taxi, y le pedí a Bob que me llevase a Glendale, a lo que accedió, de buen grado.

Nos despedimos, pues, de todos, y salimos. En cuanto estuvimos en

el coche de Bob, y éste arrancó, observé:

—Hawkins calló como un muerto, en cuanto me vio aparecer.

Bob me miró de reojo, pero no hizo ningún comentario.

—Le oí algo acerca de Point Concepción… a ochenta millas de la costa. Precisamente, yo he estado allí, pescando — insistí.

Bob movió la cabeza.

—Está bien. Ya sé que no pararás hasta haberme exprimido como a un limón. De acuerdo, hablaré, pero con una condición: no repetirás lo que te diga, a nadie. Podrías poner en peligro a Hawkins. La verdad es que Tom es demasiado hablador.

—¿De qué se trata? — pregunté. Y alcé una mano—. Prometo guardar silencio.

—Bien. Se trata de un secreto del Alto Mando Estratégico, tenlo en cuenta, Joanna. Al parecer, hace unas semanas, las estaciones de seguimiento de la costa detectaron la caída al mar de un cuerpo voluminoso. Al principio creyeron que se trataba de un gran «jet» de pasajeros, pero los cerebros electrónicos que analizaron los datos establecieron que se trataba de un objeto de unos seiscientos metros de longitud, de… seis mil toneladas de peso. Las unidades de la Armada rastrearon una gran zona, a ochenta millas de Point Concepción, pero la profundidad es allí excesiva, y tuvieron que volver sin haber hallado nada.

—¡Fascinante! — exclamé en tono frívolo. Pero lo cierto es que me sentía sobre ascuas.

—Ya sabes lo fantasioso que es Tom: él opina quepudiera tratarse de una gran nave extraterrestre, de un «Ovni», pero lo más lógico es que sea un gran aerolito

—terminó Bob.

No hablamos mucho más, a excepción de la reiterada propuesta de Miller para que trabajásemos juntos en su lujoso gabinete de Sun Road.

En realidad, hacía tiempo que debía haber aceptado la tentadora oferta de mi prestigioso amigo, pero alguna extraña razón me obligó a responder:

—Lo pensaré. Y en cuanto haya tomado una decisión, te lo haré saber.

Bob me dejó a la puerta de mi casa, y se marchó.

Aquella noche apenas pude dormir. Me revolvía en la cama, cambiaba mil veces de postura, pero el sueño no acudía a mí.

Ochenta millas…

Point Concepción…

Objeto de seis mil toneladas, sepultado en el mar…

Extraterrestres…

Todos aquellos datos daban vueltas en mi cabeza, formando caprichosas y sucesivas combinaciones.

De repente, me incorporé en el lecho y murmure:

—Harbasch no es un ser de este mundo. Es un extraterrestre.

Me eché a reir histéricamente.

¿Dónde estaban los alienígenas? Todo el mundo hablaba de ellos, incluso los más sesudos científicos e investigadores, pero la verdad es que nadie había visto a seres de otros mundos.

Para mí, todas aquellas historias, relacionadas con astronaves impresionantes y extrañas criaturas extraterrestres, componían una fábula o, en el mejor de los casos, un mito.

Los humanos necesitábamos creer que no estábamos solos en la inmensidad del Cosmos, y nos inventábamos mundos fantásticos y seres de pesadilla.

Yo me había reído, a menudo, de los clásicos tópicos de tales historias: los hombres de otros mundos eran siempre superiores a nosotros, poseían poderes ilimitados e incomprensibles para la mente humana, y casi siemprese les describía como hombrecillos grotescos o como cíclopes hercúleos.

Tal era mi opinión respecto al tema, en resumen.

Pero ahora mi cerebro ataba cabos incesantemente.

El mensaje cósmico que yo había interpretado de forma tan espectacular en la reunión de madame Jakowski se relacionaba directamente con el objeto sepultado en el mar, con la grabación aparecida en mi cassette, con mi viaje a ochenta millas de Point Concepción, con la aparición de Harbasch...

¡Harbasch...!

Aquel hombre tenía apariencia humana, pero ¡había tantas cosas raras en él...!

Y los ojos de Noemi Jakowski, su brillo de plata, que Miller decía se debía a unas lentillas... ¿No serla ella también un ser de otro mundo?

Mi obsesión continuó hasta que la fatiga debió rendirme.

Muy avanzada la mañana — algo más de las doce—, me despertó el zumbido del teléfono.

Lo descolgué, y escuché la voz de Bob Miller.

—¿Joanna? Escúchame con atención — el tono de voz de mi amigo no presagiaba nada bueno—. Han venido a verme dos policías... Bueno, ellos se presentaron como tales, pero, por su aspecto y sus expresiones, no eran policías vulgares. Yo creo que eran agentes de la CIA.

—¿Y bien? — pregunté.

—Me han estado haciendo preguntas sobre ti. Que si te conocía bien, que si conocía a tu esposo, cuáles eran tus ideas políticas...

Tragué saliva. El asunto era mucho más grave de lo que yo había imaginado, cuando Bob comenzó a hablar.

—¿Es qué te has casado en secreto, Joanna? ¿En qué líos de política te has metido? Te aseguro que cuando la CIA mete sus narices en un asunto, la cosa está que arde... Citaron a un tal Harbasch... ¿Te has casado con un hombre de ese apellido? — exclamó Bob, muy inquieto y preocupado.

—No, no me he casado, Bob. Ya te lo explicaré todo, en ocasión propicia. Tranquilízate, no estoy metida en ningún lío de política...

—Eso no es lo más grave, Joanna. Los hombres que me visitaron

aludieron, aunque veladamente, a la probable presencia de espías soviéticos en la costa Oeste. Todo eso es preocupante, ¿no lo entiendes? — casi gritó.

—Lo sé, lo sé. Pero tú sabes que no suelo mentir, Bob. No quiero hablar por teléfono. Es posible que hayan intervenido el tuyo o el mío o los dos, si se trata de la CIA. Te veré en cuanto pueda, Bob. Confía en mí

—dije atropelladamente.

Y colgué.

CAPITULO VII

Estuve a punto de cometer, en aquel momento, una torpeza irreparable: huir.

Incluso preparaba ya las maletas para emprender la fuga, cuando me detuve un momento para razonar.

A fin de cuentas, ¿había cometido algún delito?

—Ninguno — me respondí a mí misma.

Entonces, ¿por qué huir y complicar las cosas? Enrealidad, era una forma de terror ciego, la que me había impulsado a la huida.

Decidí que debía quedarme. Serenidad, eso era lo único que me faltaba.

Deshice las maletas. Apenas acababa de hacerlo, un coche negro y reluciente se detuvo en la acera, próximo a mi casa.

Dos hombres, de unos cuarenta años, bajaron del automóvil y se aproximaron a mi puerta. Traté de calmar mis nervios, y caminar con naturalidad para abrirles.

—¿Señora Harbasch? — dijo el más joven—. Somos policías. ¿No le importaría contestar a unas preguntas?

—No soy la señora Harbasch, sino la señorita Salter. Pero pasen.

Entraron. Dirigían furtivas miradas a todas partes, y parecían prevenidos para afrontar cualquier sorpresa inesperada. Les llevé hasta el salón, y bajé un poco el volumen de la música de Glen Miller, que sonaba en aquel momento.

—Pero usted está casada con un hombre llamado Harbasch— dijo el mayor, clavando sus fríos ojos grises en mí.

—¡Ah, Harbasch! — sonreí frívolamente—. Sólo pasé un par de días con él. Era un tipo muy atractivo...

—¿Dónde está, Harbasch ahora? — insistió el de la CIA.

—Me abandonó. Huyó de la cabina del «motel» Rosalito, sin darme ninguna explicación — solté una carcajada y añadí — : Supongo que no le gusté suficientemente. Desde luego, era un tipo magnífico... Yo le conocí en Santa Bárbara, tomamos una copa, y quedé muy impresionada. Pero voló. Eso es todo.

Me pidieron que describiera a Harbasch, y lo hice, aunque omitiendo el color de sus ojos. ¿Por qué quería protegerle...? Ni yo misma lo sabía.

—Ha dicho ojos claros... ¿de qué color? — insistió el policía.

—No lo sé. Usaba gafas oscuras. Eran grises, supongo — respondí.

—¿No se quitaba Harbasch las gafas para hacer el amor? — preguntó fríamente el más joven de los hombres de la CIA, que estaba husmeando las habitaciones que partían del salón.

A pesar de todo, me indigné.

—¡Eso es una grosería!— grité—. Como ciudadana, tengo derecho a mi vida íntima y privada. Creo que no contestaré a ninguna pregunta más. Lo mejor será que llame a mi abogado.

El mayor dirigió una mirada de reconvención al otro, y se disculpó.

—Perdónenos, doctora Salter, pero el asunto es grave— dijo. Me mostró una fotografía y preguntó —: ¿Reconoce a Harbasch?

Miré la foto con atención. Se veía un gran edificio de ladrillos, rodeado de una alta verja de acerado alambre. En la alambrada había, a trechos, carteles que indicaban: «No se acerquen. Verja

electrificada». Pero lo más sorprendente era aquel hombre que escalaba la alambrada: un individuo con un traje azul claro, jersey blanco y gafas oscuras... ¡Las mías!

—Sí, es Harbasch — tuve que admitir.

Los dos policías estuvieron haciéndome incesantes preguntas durante un rato: Cual era el acento de Harbasch,si llevaba dinero o armas y un sinfín de datos. Yo les expliqué que si nos habíamos inscrito en Rosalito como matrimonio Harbasch, se debía simplemente a una precaución necesaria, a fin de que nos alquilaran la cabina que deseábamos.

El de mayor edad me miró con fijeza y dijo:

—Harbasch es un hombre peligroso, doctora Salter. Usted ha invocado antes sus derechos, que yo respeto, pero también tenemos deberes los ciudadanos. Voy a hacerle una confidencia, que espero guarde en secreto: Harbasch consiguió introducirse en ese edificio, a pesar de la valla electrificada, y robó algo que puede poner en peligro la vida de todos los habitantes de Los Angeles, e incluso del país entero. Por eso le ruego solemnemente que nos avise si Harbasch viene aquí o la cita en cualquier lugar. Procure disimular ante él, pero en cuanto pueda, llame a este número. Día y noche estarán aguardando su llamada. Es de importancia vital para todos.

Había hablado con un tono tan tenso y sombrío, que no me fue difícil comprender la gravedad del asunto.

Tomé la tarjeta, y me la guardé en un bolsillo.

—No tenemos nada contra usted, doctora Salter — insistió el policía —. Sin embargo, esperamos que colabore con nosotros. Créalo, se trata de un asunto gravísimo. Para decir la verdad, asunto de vida o muerte. Necesitamos encontrar a ese hombre, antes de que ocurra algo irremediable. Buenos días, doctora Salter.

Les acompañé hasta la puerta, y dejé escapar un suspiro, cuando salieron y le cerré.

Al fin y al cabo, todo había terminado bien para mí. Nada tenía que temer de la policía o la CIA, pero...

La idea de que Harbasch pertenecía a otro mundo iba poco a poco afirmándose en mi mente.

¿Cómo, si no, conseguiría una persona normal escalar una valla electrificada a alto voltaje, sin sufrir daño alguno? Harbasch lo había hecho, no cabía duda.

Me senté a reflexionar.

El edificio que había visto en la foto que me mostró el policía no me era desconocido por completo.

Esforcé mi memoria tanto, que la cabeza comenzó a dolerme. Pero súbitamente obtuve el dato preciso...

—Albert Balman trabaja allí — murmuré —. Es un centro de investigaciones del Estado. ¡No! Un laboratorio, eso es...

Balman era un amigo de Miller, de unos cuarenta y cinco años de edad. Hombre reservado y físicamente gris, acudía algunas noches al club We, pero jamás hacía el menor comentario respecto a su trabajo.

No hacía falta ser un Einstein para llegar a la conclusión de que en aquel laboratorio se experimentaban microorganismos para la guerra bacteriológica. Como era un asunto sumamente impopular, el Gobierno trataba, por todos los medios, de llevar en secreto los experimentos sobre bacterias.

—Así que Harbasch ha robado... bacterias —me dije—. Pero ¿por qué? ¿Qué oscura intención puede haberle impulsado a cometer esa locura?

Me sentía tan inquieta y desorientada, que apenas podía poner en orden mis ideas.

Durante todo el día, me debatí en la duda. ¿Debía ponerme en contacto con Harbasch, ponerle sobre aviso...?

Aquella tarde salí de la casa para hacer algunas compras en un supermercado próximo. Y no me fue difícil advertir que estaba sometida a una discreta vigilancia.

Pasaron dos días. Mi nerviosismo seguía en aumento. Había consultado un tratado científico sobre guerra bacteriológica, y lo que leí sólo sirvió para llevar a mi ánimo la mayar angustia.

Algunos países habían aislado bacterias mortíferas, capaces de reproducirse por trillones en pocas horas. Bastaría arrojar unas cuantas gotas de un cultivo bacteriológico de aquella peligrosísima

especie en el abastecimiento de aguas de una ciudad, para que todo quedase contaminado.

Finalmente tomé la determinación de buscar a Harbasch. Pero ¿dónde?

Esperé hasta la noche. Eran las dos de la madrugada, y en mi casa estaban todas las luces apagadas. Me puse unos pantalones y una chaqueta de ante, y escapé a través de una de las ventanas posteriores.

Lentamente, agachada, alcancé la casa dé mis vecinos, los Trement, la contorneé y salí a una callejuela mal iluminada.

Anduve aprisa hasta alcanzar una cabina telefónica, pedí un taxi y esperé, impaciente.

Veinte minutos después llegó el taxi. Las calles estaban desiertas, y el conductor apretaba el acelerador a fondo.

Media hora después nos deteníamos ante el chalet de Noemi Jakowski.

—Tenga — entregué veinte dólares al taxista —. Espéreme, por favor.

Caminé aprisa hasta el porche del hotelito, y pulsé el timbre.

No oí los pasos de Noemi, pero la puerta se abrió en silencio, y ella me invitó a pasar, sin demostrar la menor extrañeza.

No vestía ropas de cama. ¿Por qué...? ¿Es que aquella mujer no descansaba jamás?

—Le ruego me disculpe, madame Jakowski, pero el motivo que me trae aquí es gravísimo — dije, sin aceptar la silla que me ofrecía.

—Lo sé — replicó.

—¿Lo sabe? — me maravillé—. Bien... Necesito saber dónde está Harbasch. Es de suma importancia que le encuentre.

—De suma importancia, ¿para usted?

—Para todos, madame. Harbasch ha robado un cultivo de bacterias, peligrosísimo. ¡Por amor de Dios! Una sola gota vertida en la red de aprovisionamiento de agua, produciría millones de víctimas humanas, ¿no lo comprende?

Noemi me miró con expresión helada.

—Lo siento, doctora Salter. Eso no nos atañe ni a él ni a mí —respondió, inexpresiva.

Quedé helada de espanto. Aquella mujer hablaba con absoluta indiferencia de la posible muerte de millones de personas…

Sentía tanta indignación, que las palabras se atropellaron en mis labios, impidiéndome hablar con claridad.

—¡Usted… usted es… una persona… inicua, madameJakowski! ¿Cómo… cómo puede permanecer indiferente ante… ante…?

—No me llame madame Jakowski. Mi verdadero nombre es Wa-Halla —me interrumpió.

Luego mis sospechas eran ciertas. Ella… Harbasch eran seres de otro mundo.

—Sí —dijo la mujer, como si penetrase en mis pensamientos—. Yo llegué a la Tierra hace ochenta años, cuando ya la expedición que mandaba Artax estaba en camino de Feex-Onk, nuestro planeta.

La miré con ojos desorbitados.

—No puedo creerlo, a pesar de todo — murmuré torpemente—. Usted parece una mujer de… cuarenta años a lo sumo.

Wa-Halla se sentó, y cruzó sus finas piernas.

—Nuestro sistema celular es más complejo y resistente que el vuestro. Nuestras células se reproducen con mayor facilidad, y tardan más en envejecer — declaró.

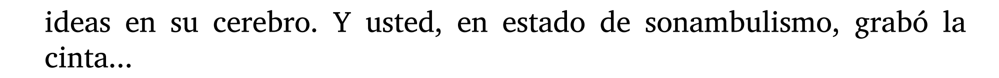
Hice un gran esfuerzo para asimilar todo lo que estaba oyendo.

—Dígame una cosa, madame, es decir, Wa-Halla — supliqué—. ¿Cómo consiguió grabar su hipnótico mensaje en una de mis cassettes?

—No fui yo quien lo grabó —respondió—. Sino usted, doctora Salter.

—¿Yo?

—Sí. Cuando vino a consultarme, hace unos días, yo grabé las



ideas en su cerebro. Y usted, en estado de sonambulismo, grabó la cinta...

—Pero ¡no es posible! — exclamé, desquiciada —. Aquélla no era mi voz, sino la suya.

—Se equivoca. ¿Olvida que usted fue capaz de modular perfectamente la voz de Artax, en aquella sesión de espiritismo? Obedecía entonces a los impulsos cerebrales que enviaba Artax. Pues bien, otro tanto ocurrió cuando usted grabó las palabras que le ordenaban rescatar a Artax.

—¡Artax! ¿Quién es? — pregunté, desconcertada.

—Es el hombre al que usted llama Harbasch — respondió.

En efecto, las dos palabras se semejaban fonéticamente. Cuando Artax pronunció su nombre, a bordo de la lancha, yo entendí una «h» inicial, y cambié la «X» por el grupo «SCH», que suena casi igual...

Me había apartado del tema principal, el que me había traído a casa de Noemi Jakowski, es decir, Wa-Halla.

—Por favor — imploré —, ¡dígame qué se propone hacer Artax!

—Usted lo ha adivinado ya, doctora Salter — respondió—. Artax va a envenenar las aguas de la cuidad de Los Angeles.

CAPITULO VIII

Me retorcí las manos, desesperada.

—Pero ¿por qué? — quise saber.

—¿No lo adivina? Usted recibió el mensaje de Artax, desde el espacio. La expedición que procedía de Feex-Onk fue diezmada terriblemente por ustedes, los terrestres.

—Expliqúese, por favor.

—¿No recuerda los experimentos llevados a cabo, hace dos meses, por el Gobierno de los Estados Unidos? La bomba de neutrones... Uno de esos artefactos alcanzó la astronave que comandaba Artax, y la radiación causó estragos horribles. Imagíneselo, doctora Salter: quinientos setenta hombres y mujeres muriendo lentamente, en una horrenda agonía...

No tuve fuerzas para hacer ningún comentario. Mi corazón latía fuerte en el pecho, y mis labios temblaban.

—Artax había convivido con ellos durante años y años, pues Feex-Onk se encuentra muy alejado de vuestro sistema solar. Ellos venían en son de paz, como todos los componentes de mi expedición, cuando llegamos a la Tierra hace ochenta años. Conocimos este planeta, y no nos gustó. Demasiada ambición, demasiada violencia... Los de mi expedición emprendieron el retorno a Feex-Onk pocos años después: vuestro mundo no era el mejor para vivir en paz.

—¿Y usted? — me atreví a preguntar.

Wa-Halla entornó los párpados.

—Yo... me enamoré de un hombre de su especie, doctora Salter. Era un hombre sencillo, bondadoso y honrado. No fui capaz de abandonar a Paul Jakowski, ydecidí quedarme en la Tierra, porque el amor que él sentía por mí me compensaba de la dureza despiadada de vuestro mundo. Vivimos muchos años felices, aunque por desgracia no tuvimos niños... Luego Paul murió, hace ya muchos años, y yo utilicé mis poderes mentales para ganarme la vida.

Calló. Parecía muy emocionada.

—Es posible que regrese a Feex-Onk., si conseguimos reparar la astronave que yace en el fondo del mar. Pero volvamos a Artax —dijo, fatigada—. El está decidido a llevar a cabo su venganza. Traté de disuadirle, en memoria de Paul, pero no lo conseguí. Y comprendo sus razones. Durante muchas jornadas, él asistió a la lenta y atroz agonía de sus camaradas y amigos, hasta quedar completamente solo a bordo de la astronave. ¿Puede imaginar su angustia, su tremenda soledad? Fue eso lo que engendró su ansia de venganza. No hay vuelta atrás, doctora Salter: Artax aniquilará a todos los habitantes de este país, y quizá a... los del mundo entero.

—Pero ¡eso es horripilante, Wa-Halla!—grité—. Van a perecer millones de seres inocentes... Comprendo que nuestros gobernantes han obrado de forma temeraria, pero, escuche, el daño causado a esa astronave no se llevó a cabo sino accidentalmente.

Recordaba el experimento de la bomba de neutrones a que Wa-Halla había aludido antes.

El ala más conservadora del Congreso había influido para que, finalmente, se fabricase la terrible bomba que respetaba edificios, fábricas y toda clase de objetos inorgánicos, pero mataba con espeluznante eficacia a las criaturas.

—Si nosotros no fabricamos la bomba de neutrones, más tarde o más temprano la fabricará la URSS —fueron las razonas que esgrimieron.

La funesta decisión fue llevada a la práctica poco después. Sin embargo, tropezaron con un gran obstáculo: había que realizar las pruebas correspondientes.

Aquellas experiencias no podrían llevarse a cabo sino sobre... criaturas vivas.

Pero ¿cómo?

La NASA construyó una estación espacial, que fue lanzada al espacio mediante poderosísimos cohetes.

Dentro de aquella estación viajaban... diez inocentesorangutanes.

La bomba fue disparada poco después. Debería alcanzar el blanco — la estación espacial — a la segura distancia de ciento cincuenta mil

kilómetros de la Tierra.

Pero un error accidental provocó que la bomba jamás alcanzase su objetivo. El artefacto destructor y la estación habitada por los orangutanes se perdieron, con trayectos diferentes, en el espacio infinito.

Sólo que yo ahora sabía la verdad: la bomba de neutrones había alcanzado a la astronave procedente de Feex-Onk. Y, desgraciadamente, con terrible eficacia.

Wa-Halla, que me miraba con fijeza, dijo:

—Recuérdelo: sólo se salvó Artax, gracias a su traje protector contra las mortales radiaciones. ¿Comprende ahora su estado de ánimo?

Protesté acaloradamente. Y expliqué, con toda la convicción de que fui capaz, que el objetivo de la bomba no era la astronave.

Wa-Halla pareció un tanto impresionada por mis explicaciones.

—Artax no sabía tal cosa: él creía que les habían atacado deliberadamente. Tal vez, si llegase a saberlo, cambiase de opinión —dijo la mujer—. Por desgracia, el tiempo corre veloz. Lo siento, doctora Salter, pero creo que la suerte está echada.

Me rebelé.

—¿Cómo puede decir tal cosa? No podemos cruzarnos de brazos, y esperar, con fatalidad, a que todo haya terminado. Se lo ruego —imploré —. Dígame dónde está Artax.

Dudó un momento, pero al fin se decidió.

—Ayer intentó contaminar el North Channel, pero se había establecido una fuerte vigilancia, y hubo de desistir. Esta misma noche, hacia las nueve, emprendió el viaje hacia el pantano Old Bear. De todas formas, no creo que llegue a tiempo, doctora Salter — dijo.

—Tengo que intentarlo, por encima de todo — decidí.

Y me despedí apresuradamente de Wa-Halla.

Cuando volví al taxi, su conductor cabeceaba, amodorrado, sobre el volante.

Se despertó al oír mi portazo, y pareció muy sorprendido cuando ordené:

—Lléveme al pantano Old Bear.

—¿Old Bear? Eso está a más de cien kilómetros de distancia y ya son... cerca de las cinco de la madrugada. No puedo llevarla, señorita: mi turno termina a la seis. A esa hora, debo entregar el coche en el garaje — respondió.

Pensé a toda prisa.

—¿Sabe de algún sitio donde alquilen automóviles, que esté abierto a esta hora? — le pregunté.

—Silver, en la calle Stlapeton, está abierto día y noche.

—Pues lléveme allí. Tendrá tiempo suficiente para estar en su garaje antes de la seis — indiqué.

A las cinco y veinte, tras rellenar un formulario y depositar una fianza de cien dólares, conducía un potente «Mercedes», en dirección al pantano.

A las seis, vislumbré a la luz incierta del amanecer, la gran presa de Old Bear.

La crucé por la carretera que se extendía a más de ochenta metros de altura, y alcancé la otra orilla.

¿Dónde buscar a Artax? Probablemente, habría escogido un punto distante de la presa, que estaba vigilada por fuerzas del ejército, según pude apreciar.

Abandoné la carretera, y tomé un camino forestal que discurría entre los altos pinos junto a la orilla.

Habría recorrido unos cuantos kilómetros de aquel camino, y la luz del nuevo día era suficientemente clara como para prescindir de los faros.

Frené de repente, al distinguir un abollado «Ford», parcialmente oculto por los árboles.

Bajé del coche y me aproximé al «Ford», con precaución. El paragolpes y los guardabarros estaban completamente abollados, y del radiador brotaban todavía volutas de vapor blanquecino.

Si Artax había utilizado aquel coche para llegar a Old Bear, no cabía duda de que acababa de abandonarlo,por lo cual corrí con todas mis fuerzas hacia la orilla, distante más de un kilómetro.

Caí, me destrocé el pantalón por las rodillas, y volví a incorporarme, dolorida.

Ahora me era mucho más difícil avanzar velozmente, pues debía haberme lesionado la rodilla derecha, pero incluso así corriendo cuanto pude.

Le vi de repente, cuando salí entre los árboles.

Era Artax, que caminaba aprisa en dirección a la orilla.

—¡Artax! — grité —. ¡Espera!

Se detuvo un momento, me miró y... siguió adelante, forzando la marcha hacia el pantano.

Mi desesperación aumentó. Porque acababa de ver el pequeño frasco que Artax llevaba en la mano derecha.

—¡No puedes hacerlo, Artax! — grité jadeante—. ¡Estás equivocado! ¡Vas a cometer un tremendo error...!

No se volvió ni se detuvo. Por el contrario, apretó la marcha y corrió a toda velocidad para alcanzar la orilla.

Se encontraba ya a menos de cincuenta metros del agua, cuando comprendí que jamás podría alcanzarle. El galopaba velozmente, y yo apenas podía arrastrarme a la pata coja, notando que la hinchazón de mi rodilla iba en aumento.

Me detuve, sin respiración.

No podía hacer otra cosa. Tomé una piedra, y la lancé contra Artax, a la desesperada.

Fallé.

Tomé otra, y la tiré con todas mis fuerzas. El pedrusco golpeó al fugitivo en la cabeza. Artax se desplomó, y rodó cuesta abajo violentamente, hasta detenerse a seis metros de la orilla.

Llegué junto a él, respirando con roncos estertores.

Me incliné, y vi que tenía cerrados los ojos. Estaba desvanecido, y en su occipucio había una gran brecha, que sangraba abundantemente.

—Dios santo — gemí—. ¿Le habré matado?

Puse una mano en su pecho, y oprimí su pulso.

No estaba muerto. Su pulso latía normalmente.

El frasco que Artax llevaba a unos pasos de distancia, destrozado entre los cantos rodados.

El líquido que contenía había sido rápidamente engullido por la tierra seca, y apenas formaba una mancha de unos pocos centímetros de diámetro.

«Y pensar que esto puede causar la muerte de centenares de millones de personas», pensé, aterrada.

Por fortuna, Artax no podría verter una sola gota del cultivo en las aguas del pantano.

Pero el peligro no estaba conjurado. Cualquier animalillo que fuera a abrevarse en el pantano, podría pisar la tierra húmeda y transportar las bacterias hasta la orilla...

¿Qué podría hacer?

La idea se me ocurrió en seguida. Comencé a buscar hierbajos, matojos y ramas secas de los arbustos que crecían abundantemente por doquier, y los fui amontonando sobre la mancha húmeda.

Artax se rebulló, próximo.

Abrió los ojos, me miró, desvió la mirada, vio los fragmentos de vidrio y... comprendió.

Hubo un resplandor colérico en sus ojos metálicos.

—¡Maldita! — gritó, incorporándose sobre los codos—. Yo confiaba en ti, yo...

Me detuve en mi recolección de leña.

—Es curioso. Hablas el inglés fluidamente, Artax. Luego me engañaste, ¿verdad? — acusé.

—No te engañé. Wa-Halla me enseñó tu idioma — respondió.

—¿En tres días? — pregunté, incrédula.

—Aprendí tu idioma en una noche. Pero no tengo tiempo para explicártelo. Creo que ahora debo... matarte.

Retrocedí de un salto.

Artax se había puesto en pie, con sorprendente agilidad, apenas con una flexión de sus largas piernas.

La sangre que brotaba de su cráneo le empapaba el cuello y las solapas de su chaqueta. A pesar de lo cual, parecía muy capaz de estrangularme con poco esfuerzo.

Avanzó hacia mí. Yo corrí desesperadamente hasta los linderos del bosque, pero él me alcanzó fácilmente.

Sus facciones, siempre lisas, se habían fruncido terriblemente, y sus manos enguantadas atenazaron mis muñecas.

Inmediatamente sentí que mi temperatura descendía rápidamente, y mis músculos se helaban.

—¡A...Artax, por compasión! — apenas fui capaz de articular, pues también mis labios comenzaban a helarse—. Tú... eres un... hombre justo y razonable. Debes... escucharme...

Me soltó de repente.

E inmediatamente, dejé de sentir aquel frío atroz que paralizaba mis funciones vitales.

—Ellos... el Gobierno de los Estados Unidos, no pretendía causaros ningún mal a... vosotros. Vuestra nave se interpuso, accidentalmente, en el itinerario de la bomba de neutrones... Déjame que te lo explique...

Hablé durante unos minutos, puse en mis palabras todo el calor de mi desesperación. Y finalmente callé, exhausta.

Artax se separó de mí. Parecía confuso, inquieto, como si una ardiente lucha de sentimientos y razones estuviese librándose en su cerebro.

Aprovechando que estaba distraído, me aproximé al montoncito de

leña, saqué mi encendedor y le prendí fuego.

Diez minutos después, las llamas se habían extinguido, y sólo quedaba un rescoldo de brasas y cenizas sobre la mancha del cultivo de bacterias.

—Ven — dije a Artax —. Tengo que curarte esa herida, antes de que te desangres. ¡Lo siento, lo siento!

—gemí, con lágrimas en los ojos —. Tuve que golpearte con esa piedra: era la única forma de evitar que cometieras un error irreparable.

El me miró, pero no dijo nada. Le tomé por un brazo, y caminamos hacia el bosque.

Escuchamos un crujido a nuestras espaldas.

—Avivemos el paso — imploré—. El Ejército está vigilando la presa. Si te encuentran, Artax, te detendrán.

Y entonces...

Miré hacia atrás.

Una patrulla de soldados apareció en el borde del bosque.

Ellos también debieron vernos, porque inmediatamente escuché sus voces.

—¡¡Alto, alto!! ¡¡Deténganse!!

Corrimos locamente entre los troncos de los árboles. Pero mi rodilla apenas me permitía caminar, a aquellas alturas.

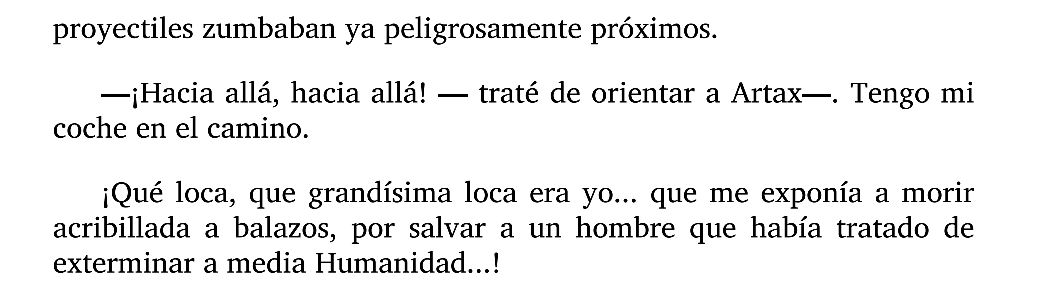
Entonces se oyó el dramático crepitar de una metralleta. Muy cerca, las balas arrancaron fragmentos de las cortezas de los pinos.

En aquel momento, tropecé y caí.

—¡Vete!—gemí—. Escapa, Artax. Yo no puedo seguir caminando.

Pero él me tomó en brazos como una pluma, y galopó velozmente a través del bosque.

Detrás, sonaba el rumor de los pasos de los soldados que, de vez en cuando, disparaban sus metralletas al azar. A pesar de los cual, sus



proyectiles zumbaban ya peligrosamente próximos.

—¡Hacia allá, hacia allá! — traté de orientar a Artax—. Tengo mi coche en el camino.

¡Qué loca, que grandísima loca era yo… que me exponía a morir acribillada a balazos, por salvar a un hombre que había tratado de exterminar a media Humanidad…!

Artax corría a grandes saltos, cuesta arriba. Pero su respiración era normal, apenas un poco agitada, a pesar del considerable peso que llevaba en brazos.

Al fin, alcazamos el camino. El coche estaba a unos pasos.

—Conduce tú — dije—. Yo apenas si podría hacerlo.

—No — respondió él, dejándome acomodada tras el volante—. Yo no sé hacerlo. Wa-Halla me dio algunas explicaciones, pero… me salí de la carretera, y casi destrocé su coche.

No sabía conducir.., ¡Y había traído un automóvil hasta Old Bear!

Artax rodeó el «Mercedes» y se sentó a mi lado. Yo había puesto el motor en marcha, y salimos de estampida, camino adelante.

Me dolía mucho la rodilla, y apenas podía doblar la pierna, pero apretar el acelerador no suponía un granesfuerzo.

Detrás de nosotros resonaron los estampidos de las armas. Pero el camino describía constantes curvas y ningún proyectil alcanzó el coche.

Giré la cabeza, y me alarmé al comprobar que la herida de Artax seguía sangrando.

—Voy a frenar. Tengo que cortar esa hemorragia, Artax —le advertí.

—No, no. Sigue adelante — ordenó, inflexible.

Me encolericé.

—Pero ¿es que no sientes dolor, es que eres insensible? — grité.

—¿Qué crees tú? — preguntó él, y me dirigió una mirada intensa y extraña—. Claro que siento dolor. Como tú, en tu rodilla. Pero tú lo

has dicho: es necesario escapar.

Calló un momento y dijo:

—¿Sabes una cosa? Incluso he sentido miedo, cuando escuché esas detonaciones. Temí… temí que te hubieran alcanzado, Joanna.

No puedo explicármelo, pero mi nombre, en sus labios, sonaba dulcísimo.

CAPITULO IX

De pronto, nos encontramos en la carretera. Frené tan bruscamente que Artax se fue hacia adelante, y su frente estuvo a punto de chocar contra el parabrisas.

La carretera estaba desierta, y decidí que lo mejor era alejarnos hacia el Norte.

El sol acababa de salir cuando decidí hacer un alto, muy cerca ya del parque nacional Kings Canyon, al abrigo del bosquecillo que se elevaba sobre un otero próximo.

Oculté el coche entre los árboles, y miré a Artax, cuya chaqueta mostraba una gran mancha de sangre.

Mis manos temblaron cuando abrí el bolso y saqué un pañuelo y un frasco de colonia.

Hice que Artax inclinara la cabeza, y restañé su herida como mejor pude. Mientras palpaba sus cabellos plateados, sentí una gran angustia, al recordar que era yo precisamente quien le había abierto la cabeza, de una pedrada.

—Perdóname — murmuré.

Artax se quitó el guante de su mano izquierda, y me acarició. Tenía unos dedos fuertes y largos, casi el doble que los míos.

Conservaba las gafas, pero, a través de los cristales, podía ver sus enigmáticos ojos, que brillaban ahora con una mezcla de admiración y afecto.

Por fortuna, la herida de Artax dejó de sangrar pronto. Pues sobre ella dos tiritas cruzadas, de las que siempre llevo en mi bolso, en previsión de alguna pequeña herida accidental, y me sentí más sosegada.

Pero mi tranquilidad, por desgracia, no duró mucho. Desde lo alto del otero, podía divisarse la presa de Old Bear, allá abajo, en las profundidades del barranco.

Un convoy, compuesto por unos treinta vehículos militares, ascendía ya la empinada carretera.

Aquello sólo tenia un significado: nos buscaban. El cerco iba a estrecharse a nuestro alrededor.

—Si pudiésemos alcanzar Nevada...—murmuré.

No iba a resultar fácil. Posiblemente, los soldados que vigilaban la presa habrían tomado nota de la matrícula de mi coche. No podríamos detenernos en ninguna ciudad, ni siquiera en una gasolinera, aunque, por suerte, el depósito del «Mercedes» estaba lleno.

Expuse la situación a Artax. El contempló las colinas próximas, los bosques que se extendían hacia Kings Canyon, y la mancha azulada del pantano.

Hizo un extraño comentario.

—Lástima. Este es un hermoso mundo, pero vosotros no sabéis vivir en paz — dijo.

Puse en marcha el motor, abandonamos el bosquecillo, y volvimos a la carretera.

Apreté el acelerador a fondo, y el automóvil alcanzó cerca de los doscientos kilómetros por hora.

Tragué saliva, angustiada.

Nos esperaba una ruta escabrosa y difícil, a lo largo de la cual no

encontraríamos más que dificultades y peligros.

No debía permitir que nadie viese a Artax. Sus cabellos manchados de sangre, su jersey y su chaqueta empapados...

Era lógico imaginar que los soldados de la patrulla habían reconocido a mi compañero. El convoy de vehículos militares era la respuesta.

Las carreteras estarían vigiladas, habría rigurosos controles a las entradas de las poblaciones...

La rodilla me dolía. Sus punzadas comenzaban a molestarme más de lo que podía aguantar.

Nuestra situación no podía ser más patética. Viajando en compañía de Artax, la policía o los soldados comenzarían a disparar contra nosotros, en cuanto le reconocieran.

A pesar de todo, me sentía animosa y dispuesta a seguir hasta donde fuera. ¿Por qué...?

Tal vez comenzaba a amar a Artax, aunque no pudiera explicármelo, en aquel momento. Fríamente, debía aceptar que su presencia sólo me había servido para complicar mi vida.

Era un día magnífico. No soplaba el viento, la temperatura era muy agradable, el cielo estaba despejado, y el sol brillaba, esplendoroso, en las alturas.

«Es injusto — pensé—. Todo sería diferente sí Artax y yo nos dirigiéramos esta mañana a pasar una atractiva jornada de campo, en el parque nacional Kings Canyon...»

Eran las diez y media de la mañana. El sol comenzaba a apretar. Aunque resultaba incongruente, en aquel momento sentí hambre.

La carretera ascendía continuamente. El «Mercedes» avanzaba ahora apenas a ochenta por hora, pues las curvas se sucedían sin cesar, y el firme de la carretera se había estrechado.

A menudo, contemplaba a izquierda o a derecha, profundos barrancos a los que no llegaban aún los rayos del sol.

De repente, el coche se encabritó. Dio un salto a la derecha, y tuve que torcer violentamente el volante en sentido contrario para evitar

que nos despeñáramos.

Por unos segundos, el automóvil describió un violento zig-zag hasta que conseguí equilibrar su marcha.

Al fin, pude frenar, y el «Mercedes» se detuvo en el puente que salvaba un profundo tajo abierto en la roca.

No necesitaba bajar para saber que acabábamos de pinchar, pero de todas formas, lo hice. La cubierta de la rueda izquierda estaba aplastada sobre el alquitrán.

Me asomé a la balaustrada metálica del puente, miré hacia abajo, y vi correr las tumultuosas aguas de un torrente a unos cuarenta metros de profundidad.

Volví en seguida al coche, y di cuenta a Artax de lo que acababa de ocurrir.

—Hay que cambiar la rueda. Yo no tengo mucha práctica en eso. Y tú... supongo que mucho menos aún. De todas formas, si nos detenemos quince o veinte minutos, los camiones de los soldados nos alcanzarán — expuse.

Artax empujó su portezuela y bajó del automóvil.

—Ponlo en marcha — dijo—. Aleja el coche del puente.

—¿Qué vas a hacer? — pregunté, preocupada.

—Impedir que los camiones puedan seguirnos — respondió.

No me atreví a preguntar cómo pensaba conseguirlo. Así que me limité a obedecer. Puse el motor en marcha, y el coche avanzó despacio cuesta arriba hasta detenerse a treinta metros del puente.

Entonces bajé y corrí hacia Artax, que estaba en mitad de la carretera, al borde del puente.

Vi que se desabotonaba la chaqueta. Algo fulgió en su cintura... ¡El ancho y macizo cinturón metálico, que llevaba por toda vestimenta, cuando subió a la lancha!

Artax se irguió, puso sus manos sobre las gruesas placas de metal rojo que, enlazadas, formaban el cinturón, y sus facciones se tensaron.

Un brillante rayo anaranjado brotó de su cintura.

El alquitrán se fundió, y una raja de unos cuatro centímetros dividió el suelo.

Artax se irguió un poco más, y el fulminante hilo rojizo que brotaba de su cinturón cortó espectacularmente acero y firme, diez metros más allá.

El humo que brotaba del suelo me obligó a toser. Y en aquel momento, una gran sección del puente se movió y, segundos después, caía al barranco, con gran estrépito.

¡El puente había sido cortado, en poco más de diez segundos...!

Yo me sentía aterrada, ante aquella demostración que no podía explicarme razonablemente.

Pero Artax me tomó de un brazo, y me empujó hacia el coche.

—Están muy cerca — dijo—. Alejémonos.

—¿Cómo puedes saberlo? No se oye nada — respondí.

—Pero yo los veo —. Se volvió un momento, pero me arrastró enseguida hacia el coche.

Al llegar, me detuve, perpleja, mientras Artax subía al automóvil.

Dos minutos después, un camión militar apareció abajo, en la primera curva. Y otro, y otro, detrás.

Entonces subí aprisa, puse el motor en marcha, y el coche avanzó despacio, rodando con brusquedad sobre su rueda pinchada.

Dos kilómetros más allá, aparté el coche de la carretera, bajé, abrí el maletero, y me dispuse a cambiar la rueda.

CAPITULO X

A las once de la mañana, cruzamos ante una de las puertas del parque nacional Kings Canyon. Tentada estuve de entrar, pero comprendí que, si lo hacía, nos sería prácticamente imposible salir del parque.

Media hora después, distinguí un puntito en el horizonte.

—¡Un helicóptero! — murmuré, alarmada.

Di un volantazo a la derecha, y el coche abandonó la carretera. Todavía rodamos cinco minutos sobre un camino polvoriento, entre robles y arbustos, hasta que decidí detener el vehículo bajo las ramas frondosas de un árbol.

El zumbido del motor del helicóptero aumentó. Un momento después, sobrevolaba la zona donde nos encontrábamos. Describió una amplia curva sobre los cerros próximos, y luego desapareció tras las copas de los árboles.

—Así no podremos continuar — dije —. Si seguimos por la carretera, nos descubrirán, más tarde o más temprano. Y entonces...

Por otra parte, no me decidía a abandonar el coche, y seguir la marcha a pie. ¿Hasta dónde podríamos llegar, a través de aquellas inmensas soledades...?

No disponíamos de provisiones, ni siquiera de calzado adecuado. Lo mejor era utilizar el automóvil hasta donde el terreno nos los permitiera.

—¿No tienes miedo? — pregunté, volviéndome hacia Artax.

Creo que sonrió — por primera vez desde que le conocía— tras los cristales de sus gafas.

—Sí, tengo miedo. Por ti, Joanna. Creo que te he metido en un buen lío — respondió.

Suspiré.

También yo me sentía como un ratón acorralado, pero la presencia de Artax me confería el ánimo suficiente para resistir.

Todavía se oía el zumbido del helicóptero, unas veces lejano, otras próximo, aunque no pudiéramos verlo.

Miré a Artax. El respiraba profunda y acompasadamente, sin demostrar el miedo que había confesado poco antes.

—Dime una cosa, Artax: ¿Cómo conseguiste escapar de la cabina del «motel» Rosalito? — le pregunté.

—¿Escapar? Yo no me escapé.

—No te burles, por favor. Cuando entró el policía en la cabina, no pude encontrarte por ninguna parte.

—Pero yo estaba alli. Mis ondas cerebrales llegaron hasta a ti, y te ordenaron que no debías verme. Cuando el policía se marchó, yo salí por la puerta. Comprendí que podía perjudicarte, y me fui — respondió.

—¡Es todo tan extraño...! — exclamé. Pero, dadas las circunstancias, yo estaba dispuesta a creer cualquier cosa.

De repente, Artax se puso rígido.

¿Qué ocurre?

—Vienen hacia acá — contestó, tenso —. Los camiones.

No estaba dispuesta a poner en duda sus palabras, porlo que di al encendido, y avanzamos velozmente a campo través.

Pronto el camino se hizo más y más difícil. En realidad, no seguíamos un camino, sino que el coche avanzaba entre los arbustos, buscando la zona más despejada.

Los gruesos pedruscos rozaban el piso del vehículo, que saltaba y traqueteaba peligrosamente. Comenzábamos a escalar la pendiente que llevaba hasta la cima de una colina erizada de rocas, único camino hacia adelante.

El coche avanzaba tan inclinado, que temí que volcásemos de un momento a otro.

En aquel momento, el motor se caló.

Miré hacia atrás. Dos camiones se habían detenido atrescientos metros, y un oficial gritaba, a voz en cuello,sus órdenes.

Artax bajó, abrió mi portezuela y me tomó en brazos. Galopó locamente entre las rocas hasta que se detuvo tras un grueso peñasco.

—Vienen hacia aquí — murmuró, dejándome en tierra.

Me arrastré hasta el borde de la roca, y comprobé queArtax estaba en lo cierto: unos sesenta soldados habían descendido de los camiones. Algunos tomaban posiciones tras los arbustos y otros accidentes del

terreno, pero una patrulla ascendía ya hacia la colina que nos cobijaba.

En aquel momento brilló un fogonazo entre los matorrales. Una potente explosión estalló, próxima… ¡y el «Mercedes» saltó en pedazos!

Podía escuchar el crepitar de las llamas. El depósito de gasolina del coche había estallado, y desparramado su ardiente contenido por doquier.

En un área de unos sesenta metros, los arbustos ardían, a grandes llamaradas.

Artax me miró un momento y se irguió.

—¡No! —grité, tirando de sus pantalones—. ¡Te acribillarán, en cuanto te dejes ver!

Pero él se soltó, y se apartó unos pasos.

Vi cómo separaba los faldones de su chaqueta y, de pronto, brotó un fulgor anaranjado de su cinturón.

Simultáneamente se dejaron oír dos horrísonas explosiones. Aunque me sentía muerta de miedo, me erguí, apoyada en la roca, y miré hacia abajo.

Los dos camiones militares acababan de estallar, y los soldados corrían locamente, en retirada. Alrededor de los restos de los vehículos, el terreno ardía literalmente.

Podía imaginarme lo ocurrido: Artax había dirigido su rayo anaranjado contra los camiones, y las granadas de bazookas que trasportaban los vehículos habían estallado.

Pero Artax volvió a tomarme en brazos y huyó.

Corrió y corrió, sin detenerse a recuperar el aliento. Su rostro exudaba a chorro, pero él parecía incansable.

El monte se volvía cada vez más intrincado e impracticable. Los matorrales formaban una espesa masa, difícil de atravesar, y a menudo notaba en mis brazos y piernas los arañazos de los espinos.

Finalmente, Artax se detuvo en una vaguada, y me dejó en el suelo. Vi que las perneras de sus pantalones estaban destrozadas, y sus

piernas estaban cruzadas de profundos arañazos sangrantes.

—¡Dios mío, Dios mío! — gemí —. ¡Qué situación más horrible...!

Era imposible seguir huyendo. Por un momento, pensé que lo mejor era esperar, entregarnos en cuanto aparecieran los soldados. Porque yo estaba segura de que la caza no había hecho más que empezar.

Entregarnos, descansar, poder calmar la espantosa sed que sentía....

Pero era mejor no hacerse ilusiones. En cuanto nos viesen, los soldados dispararían sobre nosotros hasta que cayésemos acribillados.

Artax jadeaba, de bruces contra el suelo.

—Es un mundo horroroso, cruel, inhumano... — le oí decir.

Tenía razón, por supuesto. Todos, todos estábamos terriblemente equivocados: Artax, que había intentado una loca venganza, los soldados, los policías, que ahora nos buscaban como perros ansiosos de carnaza...

De repente, mirando el cuerpo lacerado de Artax, sentí una honda ternura hacia él.

Me aproximé despacio y le besé. El me miró, extrañado y confuso, pero luego sonrió y me besó a su vez.

—No todos los terrestres sois iguales — susurró —. Tú eres buena, justa y compasiva.

Unas lágrimas brotaron de mis ojos. ¡Me sentía tan emocionada...!

Apenas llevábamos quince minutos descansando, cuando se oyó el zumbido de un helicóptero.

Mi cuerpo tembló de pies a cabeza. De nuevo tendríamos que reanudar la huida: la persecución no cesaría.

Aguardamos, inmóviles, protegidos parcialmente por los arbustos.

Primero apareció el helicóptero que ya habíamos visto antes. Era un pequeño aparato de reconocimiento,que evolucionó sobre los picachos próximos, y se abatió sobre la vaguada, volando muy bajo.

Aplastados sobre el suelo, seguimos sus evoluciones. Fue entonces cuando escuchamos un fragor, mucho más intenso.

Alcé la cabeza, y vi a los dos grandes helicópteros operacionales.

—¡Marines...! — murmuré.

Era la caza planteada en toda regla. Yo sabía muy bien que cada uno de aquellos grandes aparatos podía transportar a sesenta hombres con su armamento incluido.

En cuanto descendieran, comenzarían a rastrillar el terreno. Un poco antes o un poco después, nos encontrarían. Y entonces...

—Esto se complica de forma terrible, Artax — le advertí —. La vaguada supone una trampa mortal. Tenemos que escapar.

No podíamos caminar normalmente, pues el pequeño helicóptero de reconocimiento seguía explorando minuciosamente la zona, a poco más de cincuenta metros de altura.

Comenzamos, pues, a arrastrarnos como reptiles a través del tupido matorral, retrocediendo.

Escogíamos los pasos más difíciles y protegidos, porque yo estaba segura de que, en cuanto nos viesen, los enormes helicópteros-tranporte descenderían, y entonces estaríamos perdidos.

Un caza a reacción cruzó como una exhalación sobre la vaguada. Su horrísono fragor asustó a Artax, quien de repente se puso en pie y echó a correr.

—¡Al suelo, al suelo, Artax! ¡Te descubrirán...!—grité, con todas mis fuerzas.

Por desgracia, mi aviso llegó demasiado tarde. El helicóptero de observación se abatió sobre nosotros, volando muy bajo.

No tuve más remedio que incorporarme y seguir a Artax, que escalaba, veloz, la abrupta pendiente.

Por encima de su cabeza, el helicóptero se elevó verticalmente.

Artax se había detenido. Me esperaba.

Agarrándome de una mano, tiró con fuerza de mí, y me ayudó a gatear sobre la lisa pendiente rocosa.

Apenas transcurrieron diez segundos antes de que el caza apareciese en la vaguada.

—¡A tierra, a tierra!—grité a Artax, temiendo que nos ametrallasen, desde el reactor.

Pero no ocurrió nada. El caza cruzó muy bajo, y desapareció al otro lado de los pétreos picachos.

De repente escuché un leve siseo.

Detrás de nosotros se oyó una sorda deflagración, y brotó una enorme llamarada, que en una décima de segundo cubrió toda la vaguada.

¡Bombas de napalm! ¡Acababan de arrojar, sobre nosotros, una de las temibles bombas incendiarias...!

Artax permanecía inmóvil, paralizado, mientras apretaba entre las suyas una de mis manos.

Una densa humareda llegó hasta nosotros. Comencé a toser, me asfixiaba...

«Es el fin — pensé—. Moriremos abrasados.»

Era inútil seguir ascendiendo. El reactor volvería en pocos segundos y...

Apareció súbitamente por el sur, sin darnos tiempo a arrojarnos de bruces al suelo.

Un cuerpo cilíndrico giró en el aire, y cayó apenas cincuenta metros más abajo.

La llamarada lamió ciento cincuenta metros de ladera y la onda de aire caliente abrasó mis mejillas.

Al comprobar que altísimas llamas nos cercaban, perdí el valor y eché a correr como una loca.

Pero mi pierna derecha se dobló, perdí el equilibrio y rodé violentamente cuesta abajo.

Mi cabeza golpeó contra un saliente rocoso, y perdí el conocimiento.

CAPITULO XI

Abrí los ojos y rompí a toser. Era una tos seca y violenta, que me estremecía de pies a cabeza.

Unas náuseas terribles me asaltaron, mi estómago se alborotó... Prácticamente se subió a mi garganta, porque estaba vacío y poco podía vomitar, aparte de un poco de bilis.

Noté que alguien me sostenía firmemente.

Era Artax.

No lo sabía, lo adivinaba, porque, a través de las grietas, apenas penetraba un poco de luz, mezclada con las volutas de denso humo gris-azulado.

—¡Estoy... viva! — fue lo primero que pensé, en cuanto mi estómago se relajó un tanto.

¿Dónde estábamos?

Aquello parecía una cueva. El suelo, que yo podía palpar, estaba húmedo e inclinado.

Mi espalda descansaba sobre la roca viva, en una pendiente muy aguda.

Una leve, pero continua corriente de aire, impulsaba el humo hacia dentro.

Parpadeé para aclarar mi visión, y miré aquellas rendijas luminosas, a través de las cuales penetraba el humo: parecía la angosta entrada de una caverna, aunque las voluminosas rocas impidiesen el paso.

Mi mano derecha se movió, trémula, hasta tocar el cuerpo de Artax.

—Tranquilízate — susurró él, oprimiendo mis dedos—. No hay

nada que temer. El monte arde a llama viva, pero... encontré esta cueva y... conseguí arrastraralgunas piedras para tapar la entrada. Ellos están ahí, todavía, pero no nos encontrarán.

Poco a poco, mis ojos fueron habituándose a la penumbra leve que reinaba en el interior de la caverna.

Los plateados ojos de Artax fulgían en la oscuridad, fosforecentes como los de un felino.

Al cabo, mis ojos fueron capaces de vislumbrar su figura. Le tomé los brazos... ¡estaban chamuscados y ardientes!

A la débil luz que penetraba por las rendijas, pude ver también sus cabellos chamuscados, sus mejillas abrasadas, negruscas, su traje destrozado y quemado, en jirones...

Toqué con cuidado su rostro abrasado, besé sus labios, llenos de costras, y estallé en un gemido.

—¡Artax! — sollocé —. ¡Estás herido, abrasado, lacerado...! Y todo... lo has hecho por mí. Sé que hubieras podido escapar... Tienes poderes suficientes para ello, pero... Has preferido exponer tu vida por mí.

Las lágrimas me abrasaban las mejillas.

¡Dios mío cuánto dolor sentía en aquellos instantes! Por Artax, por mí, por todos aquellos hombres que, como fieras, nos buscaban entre los matorrales y breñas, portando mortíferas armas en sus manos.

Artax permanecía a mi lado, sumamente atento a los ' sonidos que llegaban del exterior.

Se oía el zumbido de motores acelerados, el horrísono clamor de los aviones que sobrevolaban las colinas, los juramentos de los hombres que pateaban el suelo calcinado, el metálico tintineo de las armas...

—Tienes razón — dije en un susurró, sin soltar la mano de Artax —. Este es un mundo mil veces cruel, desalmado y violento. Los hombres buscan la menor excusa para matarse entre sí, gastan inútilmente sus vidas en una estúpida carrera de intereses, de egoísmo...

En unos pocos minutos, recordé todas mis vivencias: mi infancia

fácil y cómoda, el cariño de mis padres, los juegos infantiles…

Luego, bruscamente, con intenso dolor, la muerte de mi madre. Y el despego de mi padre que se había apresurado a buscarse una nueva compañera, sin detenerse a reflexionar que yo sólo era una niña.

Recordé la escuela secundaria, la Universidad, mis estudios, siempre llevados con dificultades, aunque con suficiente voluntad para seguir adelante.

Todo ello suponía una loca carrera de centenares de miles de personas. De vez en cuando, uno de nosotros quedaba en la cuneta, asfixiado, sin fuerzas para proseguir la marcha y, lo que era peor, sin la solidaridad, sin el auxilio de los otros, de los más potentes y capacitados.

Volví a toser secamente cuando el humo, denso, penetró de nuevo a través de las rendijas.

Sentí un temblor en el brazo de Artax y me alarmé.

—Están muy cerca — susurró —. Apenas a diez metros de este lugar. Están registrándolo todo. Quizá vean esos pedruscos y…

No necesitaba decir más. Era evidente que, en pocos minutos, descubrirían las piedras apiladas a la entrada de la estrecha boca de la caverna. Quizá sospecharían, uno de ellos comenzaría a apartar los peñascos y…

—Ven — dijo Artax. Y me puso en pie.

Me dolía la cabeza, pero mi pierna derecha podía sostenerme en pie. Le seguí.

El me sujetaba con fuerza, porque estábamos descendiendo una inclinada pendiente, húmeda y resbaladiza.

Desconfiada, yo tanteaba las paredes rocosas y viscosas, pero Artax caminaba aprisa y sin titubeos, a pesar de que avanzábamos en medio de las mas espesas tinieblas.

Súbitamente se oyó el sonoro rodar de unas piedras a nuestra espalda, y un rayo de luz iluminó nuestro camino.

Voces excitadas llegaron hasta mi oído:

—¡Aquí, aquí! ¡Hay una caverna! La puerta está tapada con unas

cuantas piedras... ¡Tienen que estar ahí dentro!

Alguien disparó una ráfaga de metralleta hacia el interior, y los proyectiles zumbaron tétricamente en la caverna.

No podían habernos visto, pero, por si acaso, disparaban para alejar su propio miedo.

Por fortuna, Artax me atrajo y me tomó en brazos. Yo apenas veía las superficies rugosas de las paredes de la galería, pero él corría con toda seguridad cuesta abajo, hasta que el rumor de las voces se fue atenuando, y la tenue luminosidad se extinguió por completo.

Pegué mi mejilla a las de Artax y su piel chamuscada crujió. Entonces rompí a llorar convulsivamente.

El caminaba sin detenerse. Oía sus pasos acompasados y seguros, y veía el relumbre fosforescente de sus ojos de plata.

Quizá otra persona hubiera sentido un pavor sin límites, en tales circunstancias, pero yo me sentía muy segura, en brazos de Artax.

Habría caminado durante media hora — la verdad era que en la oscuridad no podía calcular el tiempo transcurrido—, cuando Artax se detuvo y aflojó los brazos, hasta dejarme en pie sobre el piso sólido.

Yo no veía nada, a excepción de los luminosos ojos de Artax, pero podía percibir que el aire ambiente era muy húmedo.

—¿Qué ocurre? — pregunté, con un trémolo miedoso en la voz.

—Hay un lago. No veo ninguna otra galería que nos permita seguir adelante — respondió.

Avancé dos pasos, medrosa, y mis pies chapotearon en el agua. Entonces me incliné, sedienta y bebí.

El agua estaba fría, deliciosamente fría. Artax, también se había inclinado y bebía lenta y pausadamente.

Noté que me recuperaba un tanto, y remojé mis brazos y mi rostro en la fría laguna.

Quise hacer lo mismo con el pobre Artax, pero él se negó.

—Sería peor — murmuró. Y no me atreví a llevarle la contraria.

La inquietud se apoderó de mí.

Mientras Artax me trasladaba en sus brazos, no había experimentado el menor temor. Por el contrario, era una sensación placentera. Sus brazos me sostenían y apretaban y yo, sencillamente, me dejaba llevar.

Era consciente de que había sufrido una ligera intoxicación por el humo de las bombas de napalm, pero ahora la frescura del agua me había dejado completamente despejada, y podía pensar.

Y pensaba... que los soldados volverían con focos portátiles y todos los útiles necesarios para explorar una caverna. Y con sus armas.

Para ellos, nosotros sólo éramos como una pareja de lobos, como alimañas sanguinarias, a las que había que eliminar, costase lo que costase.

Artax lo había dicho: el paso estaba cortado. Habíamos caminado quizá dos o tres kilómetros a lo largo de aquella galería subterránea. Pero, de pronto, el lago nos cortaba toda salida, nos impedía continuar la fuga.

—¿Cuánto..., qué dimensiones tiene el lago, Artax?—pregunté.

—Es demasiado largo y... profundo. No sé... Quizá tenga unos ciento cincuenta metros de longitud, tal vez más. Las paredes del fondo son lisas. No, Joanna, no hay posibilidad de ocultarse.

La galería nos trajo en aquel momento un rumor de pasos lejanos.

Tontamente, me puse a calcular el tiempo que tardarían en darnos alcance. ¿Veinte, veinticinco minutos...?

Empecé a imaginar mil súplicas, para evitar que los soldados nos acribillasen, impunemente, a orillas del lago subterráneo.

Pero me sentí absolutamente deprimida al comprender que, antes de que tuviésemos tiempo para implorar, nos habrían cosido a balazos.

Entonces dijo Artax:

—Yo diría que hay cierto movimiento en las aguas… Si es así, debe existir una salida. Espérame. Voy a comprobarlo.

—¡No!—gemí—. No me dejes sola. ¡Hazlo por mí, Artax!

El acarició mis mejillas con sus fríos guantes, y susurró:

—Ten confianza. Se trata de vivir o morir, Joanna. Si hay una salida la encontraré.

Noté que se quitaba la chaqueta, y un segundo después, escuché el rumor de su zambullida.

¡Dios mío, qué sola me sentía…!

Las tinieblas me rodeaban, el ambiente era vicioso y húmedo, y yo imaginaba un lago profundo y oscuro ante mí, poblado de reptiles y de animales de pesadilla…

Pero desde lo más profundo de la galería, llegaba el rumor de voces. Más cercano, tanto que hasta podía entender algunas frases excitadas, mitad bravuconas, mitad miedosas, de los soldados.

Trataba de dominar la histeria que me rondaba. Porque la verdad era que estaba a punto de prorrumpir en alaridos.

No podía moverme, ni siquiera dar un paso, pues un miedo cerval me inmovilizaba.

Aguzaba el oído para captar el rumor de las aguas, que podían anunciar la vuelta de Artax, pero sólo percibía el sonido de las botas de los soldados, que cada vez sonaba más próximo.

Entonces sentí que la superficie del lago se agitaba. Oía el chorrear del agua, cuyo rumor repitieron las paredes de la caverna.

¿Era Artax?

Estremecida de espanto esperé con la respiración en suspenso.

CAPITULO XII

Algo húmedo me tocó el rostro.

Retrocedí de un violento respingo.

—Calma — resonó la voz de Artax, en las tinieblas —. Soy yo.

Un suspiró profundo brotó de mis labios.

—¡Al fin! — murmuré, al borde de mi resistencia.

—Tienes que dominarte, Joanna. ¡Estás temblando! Escucha: hay una vía de escape. El lago es profundo, pero vierte sus aguas a una galería inferior. Sólo tenemos que buscar durante poco más de un minuto y... estaremos a salvo.

Me estremecí, a mi pesar.

¡Zambullirme en la oscuridad, nadar sin ninguna orientación, a través de las frías y medrosas aguas...!

Artax debió adivinar mi indecisión, porque me estrechó, fuerte, entre sus brazos y dijo:

—No temas. Yo veo en la oscuridad.

—Pero... ¡es imposible! Mis pulmones están doloridos e irritados por el humo que respiré allí, fuera; no podrán resistir un minuto sin respirar...

—Respirarán.

—No. Lo sé. Cuando empiece a ahogarme, me agarraré a ti, Artax. ¡Y moriremos los dos ahogados!

—chillé.

Artax me impuso silencio.

—¡Cállate! Los soldados están próximos... ¿No oyes sus pasos? Dentro de unos cuantos minutos, estarán aquí. ¿Prefieres que nos maten a los dos?

—¡No!—casi grité—. En ti confío, Artax. Llévame.

Me tomó de una mano, y nuestros pies se sumergieron en el agua hasta que me cubrió por la cintura.

—¡Ahora! — exclamó él.

Miré hacia atrás, y vi un potente rayo de luz que iluminaba las húmedas y brillantes paredes de la galería por la que habíamos llegado.

—Es asunto de vida o muerte — murmuré.

Llené mis pulmones de aire, oprimí la mano de Artax, y ambos nos zambullimos en el lago subterráneo.

Las aguas eran frías, muy frías, pero yo no lo noté.

Artax tiraba de mí con fuerza, y yo apenas le ayudaba, moviendo acompasadamente mis pies.

Debimos descender ocho, quizá diez metros, antes de que pudiera percibir una fuerte corriente de agua.

Mi brazo izquierdo rozó dolorosamente contra las rugosas paredes pétreas, pero yo seguí impulsándome adelante con todas mis fuerzas, arrastrada por mi compañero.

La corriente nos empujaba ya vertiginosamente, y mis fatigados pulmones comenzaban a agotarse.

¡Aire! ¡Necesitaba respirar oxígeno urgentemente...!

Artax oprimía mi mano firmemente, cuando yo comencé a debatirme en las angustias de la muerte.

Pero él me sujetó con fuerza, y no me permitió soltarme.

La fuerza de la corriente decreció. Sentía, aunque no pudiera comprobarlo realmente, que nuestros cuerpos ascendían.

Luego, súbitamente, el aire fresco me dio en el rostro, y respiré entrecortadamente.

—Ya está — susurró Artax, jadeante—. Estamos al otro lado.

No soltó mi mano hasta que mis pies tocaron el fondo.

Entonces, muy despacio, comenzamos a ascender. Nuestros cuerpos chorreaban, pero al fin comprendí que acabábamos de poner pie en lugar seco.

Se oía el rumor de las aguas alborotadas, pero Artax y yo apenas teníamos tiempo para respirar.

Nos habíamos dejado caer el uno encima del otro, yconsumíamos oxígeno como si en ello nos fuera la vida.

Y era cierto.

Permanecimos así durante mucho tiempo. Hasta que Artax se removió y dijo:

—El agua se escurre por un profundo sifón del fondo, a unos veinte metros de profundidad. No quise decírtelo para no asustarte, pero hubo un momento en que temí que la corriente nos arrastrase hacia las profundidades.

No sentí miedo alguno, al oír sus palabras. Creo que, a aquellas alturas, había superado ya las fronteras del terror.

Artax me explicó que nos encontrábamos en una caverna de grandes proporciones, en uno de cuyos costados se precipitaban las aguas de varias galerías subterráneas.

—Una de ellas está seca, pero se encuentra a más de diez metros sobre el suelo — añadió.

—¿Es... es liso el muro? — pregunté.

—Sí. Pero he visto una resquebrajadura en la roca. Creo que podré subir.

—¡Inténtalo! — le animé.

Por el momento, no temíamos a los soldados. Lo más probable es que no dispusiesen de equipos para buceos, mediante los cuales explorar el lago. Por otra parte, aquellos hombres no nos habían visto. Tenían, sí, la sospecha de que nos habíamos ocultado en la caverna, pero cuando llegasen al final, y descubriesen el lago, seguramente se darían por satisfechos.

O no.

Porque sobre la plataforma próxima al lago habrían quedado los

charquitos que chorrearon de las ropas de Artax, tras su zambullida de exploración.

Si tomaban en consideración aquellos charcos, lo más razonable sería que pidieran ayuda por radio e información sobre las características de la gruta, si ésta era conocida.

El prolongado diseño de las galerías me inclinaba a pensar que el servicio geológico del Estado debía poseer datos suficientes. Si existía alguna otra salida — era nuestra desesperada esperanza — los militares se apresurarían a vigilarlas.

En aquel momento me llegó la voz de Artax:

—Estoy ya arriba, Joanna. Es una galería de unos dos metros de diámetro. Se percibe una leve corriente de aire. Creo que podremos escapar. Intenta subir.

Me puse en pie y, guiándome por su voz, llegué hasta el muro.

Artax había conseguido subir, pero a mí me resultó totalmente imposible. Aunque me descalcé, mis pies resbalaban sobre la viscosa roca. Lo intenté una y otra vez, pero sólo conseguí herir mis pies.

La angustia me asaltó. Artax estaba ya arriba, pero yo me sentía incapaz de escalar el resbaladizo muro, en plena oscuridad.

—Mis pantalones — murmuré.

Me los quité. Al tacto, comencé a deshacerlos en tiras, que anudé nerviosa e impaciente.

El tejido, sintético, era muy resistente, pero yo no estaba muy segura de que pudiera soportar mis cincuenta y ocho kilos.

Al fin, dispuse de una rústica cuerda de unos doce metros de longitud. Lancé el extremo hacia lo alto, guiándome por los ojos de Artax, pero resbaló de sus manos y cayó al suelo.

Tuve que repetir mi intento una docena de veces, antes de que él advirtiese:

—¡Ya está! ¡Lo tengo!

Lié el extremo al brazo izquierdo, y comencé la lenta y penosa ascensión. Procuraba no cargar todo mi peso sobre la cuerda, pues temía que se rompiese en cualquier momento.

Había optado por ponerme nuevamente mis zapatos Por fortuna, tenían la puntera estrecha, y conseguía, en ocasiones, introducirla en las grietas de la roca y apoyarme sobre el largo tacón.

Procuraba por todos los medios mantenerme en postura vertical, agarrada por mi mano izquierda a los salientes, y sustentada de forma leve por la improvisada cuerda.

De todas formas, me sentía exhausta y mi rostro sudaba copiosamente por el tremendo esfuerzo.

Al fin, las fuertes manos de Artax me tomaron por los hombros, y me izaron a lugar seguro.

—Vamos — dijo —. Salgamos cuanto antes de aquí. No me agrada este lugar.

Intenté ponerme en pie, pero no tenía fuerzas para caminar.

Artax se inclinó; me tomó en sus brazos y comenzó a andar. La galería era estrecha y mis pies rozaban la pared, dificultando mucho la marcha de mi compañero.

Había perdido por completo la noción del tiempo. ¿Qué hora era? ¿Las cinco, las siete de la tarde o... quizá era ya de noche o estábamos en un nuevo día?

Me adormecí en los brazos de Artax.

Cuando desperté, seguíamos rodeados de tinieblas. Sólo los luminosos ojos de Artax ponían una nota de vida en la densa oscuridad que nos rodeaba por doquier.

—¿Qué...? — murmuré, ansiosa.

—Nada. He tenido que detenerme a descansar. No tenía fuerzas ya para continuar — respondió.

—¡Pobre Artax! — sollocé—. Herido, lacerado, quemado... y has conseguido traerme hasta aquí. ¿Sabes una cosa, Artax? Te quiero.

—¿Cómo...? ¿Qué significa...? — exclamó, confuso.

—Que te amo — confesé—. No tengo fuerzas, pero estoy dispuesta a dar mi vida por ti. Tú has sido generoso conmigo. Podías haber escapado y... preferiste quedarte conmigo, para ayudarme. Estoy enamorada de ti, Artax. Mi corazón es tuyo.

Mis lágrimas humedecían sus mejillas.

Entonces, Artax me abrazó y rozó sus labios con los míos.

—No sabía lo que era besar, pero ahora lo sé—dijo —. Y resulta muy agradable, Joanna, ¿cómo decirlo? Yo también te quiero.

—Gracias — murmuré, tragándome las lágrimas.

Sentía frío, mucho frío, a pesar de que mis escasas ropas estaban secas ya.

¿Por qué, entonces...?

Lo supe en seguida: había una corriente de aire frío y húmedo. Era aquello lo que me hacía tiritar.

Si existía una corriente de aire, debía ser porque... había un respiradero próximo.

Cuando me puse en pie, mi cuerpo era un puro dolor.

—Vamos — dije—. Salgamos cuanto antes.

Comenzamos a andar.

No podía imaginarme entonces lo dificultoso del camino que estábamos obligados a seguir.

Porque la galería seguía una dirección sinuosa y ascendente, que hacía muy penosa nuestra marcha.

A menudo resbalábamos y caíamos. Sin embargo, como aquel embudo iba estrechándose progresivamente, no resultaba muy difícil adherirse a las rocas, con manos y pies.

Me había hecho una herida en la frente, que no cesaba de sangrar. A veces, la sangre se me metía en los ojos. Pero ¿qué importaba? Yo no necesitaba ver: era como un pequeño topo en su oscura galería.

Artax se había detenido. Tropecé con él y le oí decir:

— La galería se bifurca en dos, Joanna. La de la derecha es menos empinada, pero mi cuerpo apenas podría pasar a través de ella.

— ¿Y la otra? — pregunté.

— Es suficientemente ancha, pero asciende casi en sentido vertical. Para mí será fácil subir, presionando con mis piernas, pero tú...

Sentí ganas de llorar.

— Sube tú, Artax. Escapa, sálvate. Yo apenas puedo con mi cuerpo — respondí, mortalmente cansada.

Él apoyó una mano en mi hombro.

— ¿Cómo? ¡O nos salvamos los dos o ambos quedaremos aquí!— protestó.

A pesar de la angustia que casi me ahogaba, me sentí más animada, por aquella prueba de amor y solidaridad.

— Hagamos una cosa: descansemos aquí. Sólo lo suficiente para recuperar nuestras fuerzas. Luego proseguiremos la ascensión. Vamos, Joanna, duerme —susurró.

¿Cómo explicarlo? Me quedé dormida en el acto.

Artax me despertó, no sé cuánto tiempo después.

Una leve claridad brotaba de lo alto de aquella galería en forma de chimenea.

Me puse en pie de un salto, pero mis músculos adormecidos no respondieron, y volví a dejarme caer, desmadejada.

Artax frotó cuidadosamente mis brazos y mis piernas hasta que la sangre volvió a circular normalmente por mis venas. Me sentía dolorida, llenos de agujetas todos los músculos, pero conseguí mantenerme en pie.

Una cierta esperanza comenzaba a alentar en mi pecho: aquella leve, casi impalpable claridad, debía ser anuncio de una salida exterior próxima.

La galería tenía apenas un metro de anchura en aquel tramo, pero sus paredes cilindricas y casi verticales no presentaban muchos puntos de apoyo para iniciar la ascensión.

—Tú irás delante de mí — propuso Artax —. Apoya tu espalda en la pared y sujétate en la de enfrente con los pies. Yo iré en pos de ti. Y no temas. Si resbalas, yo te sujetaré.

Intenté hacer lo que él me decía, y al fin conseguí avanzar un par de metros.

Artax subió en pos de mí. Cuando me veía flaquear, me sujetaba y me impulsaba hacia arriba.

Así, lenta y penosamente, en carne viva nuestros codos y dedos, progresamos unos treinta metros, siempre hacia arriba.

Varias veces resbalé y me deslicé hacia abajo, hasta chocar contra Artax, con el peligro de que ambos nos precipitásemos hacia lo más profundo de la galería.

Pero él se sostenía fuerte, y volvía a empujarme para proseguir la ascensión.

Al cabo de un recodo, vi la luz grisácea del amanecer.

—¡Estamos salvados! Sólo unos metros, y estaremos fuera —exclamé, desfallecida.

CAPITULO XIII

Salimos a la superficie, y dirigimos una desconfiada mirada a nuestro alrededor.

Mis ojos recorrieron las peladas rocas de una ladera carente de vegetación y absolutamente desierta.

A poco más de un kilómetro de distancia, vi brillar los faros de un automóvil — era el amanecer, la luz era todavía escasa — y me agaché tras una roca, asustada.

Pero el halo de los faros desapareció, y nada ocurrió. Al fin, me convencí de que una carretera cruzaba próxima a aquel lugar inhóspito.

El cielo estaba cubierto de nubes negruzcas.

—Vaya, el tiempo se ha estropeado — comenté, de forma incongruente.

Entonces me volví a mirar a Artax, y dejé escapar un sollozo al contemplar su rostro, abrasado y negruzco.

También sus cabellos estaban chamuscados, y el jersey, y sus brazos...

Comencé a llorar en silencio, sin poder dominar mi emoción.

Artax no dijo nada. Poco a poco, mis sollozos fueron cediendo.

Había que moverse, tomar una decisión. Y la tomé:

—Vamos. Tenemos que llegar a la carretera. Simularemos que hemos tenido un accidente de automóvil —dije—. Claro que tus ojos...

Artax metió una mano en su bolsillo, y sacó las gafas, que se caló en seguida.

—Traté de conservarlas, por encima de todo —dijo.

Y los dos nos echamos a reír, nerviosos.

Echamos a andar, cuesta abajo, hacia la carretera.

Poco después, comenzó a llover, y nuestras ropas se empaparon rápidamente.

Al fin llegamos hasta la carretera. Fue entonces cuando me di cuenta de mi lamentable aspecto: despeinada, mojada, sucio el rostro de humo y de sangre y... sin pantalones.

Por fortuna, mi chaqueta de ante, aunque hecha jirones, me cubría hasta por debajo de la caderas.

—Mejor — dije, animosa —. ¿Quién tendría corazón para no echarnos una mano?

Llovía copiosamente, y ambos aguantábamos la lluvia en la cuneta.

En la lejanía, brillaron unos faros. Decididamente, me puse en mitad de la carretera, y comencé a hacer elocuentes gestos.

Una camioneta cargada de verduras se detuvo dos minutos después, a nuestra altura.

Abrí impulsivamente la portezuela y dije:

—Hemos sufrido un accidente. ¡Por favor, necesitamos ayuda urgente! Estamos heridos.

Eran tres las personas que ocupaban la cabina: un hombre canoso de unos cincuenta años, una mujeruca de la misma edad, de facciones secas y pálidas, y una chiquilla de unos trece años, que viajaba en medio de ambos.

La mujer tiró de la puerta y la cerró bruscamente.

—¡Sigue, Fred! — gritó, destemplada —. ¡Sabe Dios de dónde habrán salido este par de...!

Me mordí los labios. La esperanza se desvanecía...

Pero cuando esperaba que la camioneta se alejara a toda velocidad, escuchamos la voz del hombre:

—¡Vete al diablo, Mildred! ¡Aunque sea por una sola vez, voy a hacer lo que me dicta mi conciencia!

También la niña intercedió por nosotros:

—¡Por favor, mamá! Los dos están heridos...

El granjero bajó del coche, y vino hacia nosotros. Nos echó una larga mirada y dijo:

—No hay sitio en la cabina, pero suban detrás. Les llevaremos hasta Barstow. Hay un excelente hospital. Allí les atenderán.

Pero aquello no nos convenía. En el hospital comenzarían a hacer preguntas embarazosas, que nosotros no podríamos responder de forma convincente. Y luego avisarían a la policía.

—¿No podría llevarnos hasta Los Angeles? — supliqué —. Escúcheme, por favor; nuestro coche se incendió, y cayó al pantano. Tuve... tuve que quitarme los pantalones para no morir ahogada. Pero así... me siento avergonzada. Si nos llevase hasta Los Angeles...

El granjero se rascó la canosa pelambrera, confuso. Era notorio que nuestra situación le movía a ayudarnos, pero...

—No puedo. ¡Imposible! Llevo mis hortalizas al mercado central de Barstow. Si no estoy allí a las siete, no podré venderlas a los mayoristas. Lo comprende, ¿verdad?

—Sí... ¿Cuánto espera obtener por sus hortalizas?

—pregunté, agarrándome a un clavo ardiendo.

—Pues... no menos de trescientos dólares — respondió, aunque yo sabía que aquella cifra era exagerada.

Busqué en los bolsillos de mi chaqueta, y saqué mi billetero. Los billetes estaban mojados, pero en buenas condiciones. Los conté: tenía cuatrocientos diez dólares.

Tendí el dinero al hombre, que lo tomó, indeciso, y lo contó, parsimonioso.

—Es para usted. Pero ¡por amor de Dios, llévenos a Los Angeles — supliqué.

—De acuerdo — dijo, al fin —. Suban. Hay unos sacos grandes de plástico. Con ellos podrán cubrirse y protegerse de la lluvia.

Mientras ascendíamos sobre las hortalizas, le escuché decir triunfal:

—¿Lo ves, Mildred? ¡No sólo vamos a hacer una obra de caridad, sino un excelente negocio! ¡Cuando te digo que tú eres tonta...!

* * *

Dormí durante cincuenta horas seguidas.

Cuando desperté, me encontraba en una cama muy confortable y mi cuerpo estaba limpio y seco.

El sol penetraba a través de unas cortinas verdes, y fuera, se oían los gritos de unos chicos.

Me desperecé admirada.

Estaba viva, seca, no me dolía nada...

La puerta se abrió, y apareció Wa-Halla.

Entonces recordé, de golpe, la turbulenta odisea que había vivido en

compañía de Artax.

—¿Dónde está? — pregunté. Y ella no necesitó más para comprender que me refería a Artax.

Me dirigió una extraña y profunda mirada:

—Se fue — confesó.

—¿Se fue? ¿Adónde? — inquirí, angustiada.

—¿No lo adivinas? La astronave yace, averiada, en el fondo del mar. Pero Artax posee a bordo medios suficientes para llevar a cabo la reparación —respondió.

—Piensa marcharse — musité, trémula.

—Sí. Artax no volverá.

Un sollozo hondo se escapó de mi pecho.

Al cabo, separé mis manos de los húmedos ojos, y miré a Wa-Halla.

—¿Y tú...?

—Artax me encargó que me quedase contigo. Debía cuidarte — respondió la mujer de los ojos de plata.

—¡Lo comprendo, lo comprendo...! — gemí—. Este mundo no ha sido muy hospitalario para él.

Wa-Halla no hizo ningún comentario. ¿Para qué...?

Por mi parte, me arrebujé en el lecho, y lloré en solitario hasta que el sueño acudió a mí, de nuevo.

Dormí muchas horas. Inconscientemente prefería dormir a afrontar la cruda realidad.

Pero al día siguiente abandoné el lecho, me vestí con las ropas que Wa-Halla puso a mi disposición, y pedí a la mujer que me trajera los periódicos de las últimas fechas.

Encontré en seguida lo que me interesaba: una sencilla reseña, fechada tres días atrás.

La noticia decía escuetamente que un hombre y una mujer habían

muerto, y sus cuerpos resultaron carbonizados, como consecuencia de un accidente ocurrido en las inmediaciones del parque Kings Canyon.

La mujer era la doctora Joanna Salter. En cuanto al hombre, se desconocía su identidad.

Eso era todo: me habían matado oficialmente.

Imaginé que mi padre conocería ya la noticia y se habría apresurado a encargar un oficio religioso por mi alma...

«Tanto mejor — pensé—. Porque sin Artax, me siento verdaderamente muerta»

Me sentía muy extraña.

No podría volver a mi casa de Glendale, ni podría disponer de mis escasos bienes, entre los que se contaban los seis mil doscientos dólares de mi cuenta bancaria.

No importaba: todo iría a parar a manos de mi padre. Quizá el dinero le serviría de consuelo, aunque... no esperaba que derramara demasiadas lágrimas por mi causa.

Durante todo el día, vagué de un extremo a otro de la casa, como un fantasma.

Wa-Halla seguía mis pasos, pero no hacia ningún comentario.

En una ocasión, me detuve ante ella:

—Vete — le dije —. Quizá Artax no haya partido aún.

—No me iré. Él me encargó que cuidase de ti — respondió, inflexible.

La miré, entre admirada y enfadada.

—¡Pero es demasiado!—protesté—. No puedo permitir que te sacrifiques por mí. ¡Tú querías marcharte ...

—Eso no importa. Artax tiene autoridad sobre mí, y yo le obedezco con gusto. Por otra parte..., tú eres una mujer admirable. Joanna. Artax me habló de ti. Me 1o contó todo.

No logré convencerla. Por otra parte, mi dolor era tan intenso que no tenía ánimos para nada, excepto para desesperarme.

Ni siquiera se me ocurrió pensar que, a partir de aquella fecha, tendría que buscarme una nueva identidad, una nueva forma de vida...

¿Qué importaba todo ello, si Artax estaría ya a cientos de miles de kilómetros de distancia...?

lentamente transcurrió la tarde.

Estaba anocheciendo cuando Wa-Halla se levantó de su asiento, muy agitada.

—¿Qué ocurre?— indagué, inquieta.

Pero ella no me respondió. Corrió hacia el vestíbulo, y abrió la puerta.

Unos pasos resonaron, próximos.

¡Y de repente, Artax apareció ante mí...!

Pronuncié su nombre en un grito de intensa alegría, corrí hacia él, y le estreché desesperadamente entre mis brazos.

—¡Por favor, por favor, Artax no me abandones! — supliqué, estremecida.

El acarició mis cabellos, y me miró a través de los cristales de sus gafas.

—He vuelto, Joanna. ¿No adivinas la razón? Me ha ocurrido como a Wa-Halla, hace ya muchos años, cuando conoció a Paul Jakowski. También yo he preferido quedarme. Y nunca nos separaremos, Joanna — susurró a mi oído.

Le abracé y le besé locamente. No quise separarme de él: temía que su cuerpo se desvaneciera como una nube de humo.

Pero él estaba allí, era un ser de carne y hueso, concreto, real.

No quise pensar que tendríamos que emprender una nueva vida, que tal vez no tuviésemos hijos, que Artax viviría mucho más que yo. Nada de aquello me importaba, sino vivir, durante el resto de mis días, en su compañía.

Miré a Wa-Halla. Parecía contenta y... sonreía.

F I N